

## AMERICANISMO LITERARIO

### *Prólogo*

Hablar hoy de “americanismo literario” significa hablar, por una parte, de un problema complejo, y, por otra, de un tema bastante desgastado a fuerza de reiterados enfoques.

Creo, sin embargo, que es útil tentar reflexiones (nuevas reflexiones, diría, si esto no suena a presunción) en virtud del carácter vivo, acezante, que ofrece el problema.

Desde el principio, conviene advertir que, en realidad, “americanismo” quiere decir aquí “hispanoamericanismo”, aunque —como se verá— no eludo situaciones confrontadoras. Pero es, sobre todo, Hispanoamérica el meollo de estas páginas. No desconozco, valga el ejemplo, la importancia de los Estados Unidos en el continente y en el mundo (¿cómo desconocerlo?), pero al centrarme en Hispanoamérica me parece que, por lo menos, puedo ver con mayor claridad dentro de las dificultades del tema. Ni siquiera me resguardo en juicios de aquellos que opinan que “nuestra América es lo más americano”. Puede ser, aunque no me seduce por ahora adherirme a ellos.

Las Américas, Hispanoamérica en el continente americano, el “drama” de la incomunicación entre las Américas, y aún entre los pueblos hispanoamericanos, son pasos previos que, considero, me acercan al eje del trabajo. Después, disquisiciones sobre la literatura colonial y la literatura de la época independiente, necesarias para una adecuada presentación del planteo. Llegamos, así, a la ya larga serie de enunciados sobre “americanismo literario”, visto en lo que me parece diferentes etapas o épocas. Para arribar, por último, a la otra e imprescindible cara del problema: la existencia o posibilidad de una

“expresión americana”. Éste es el esquema general del ensayo, que anticipo escuetamente.

Ni un exagerado optimismo ni una visión apocalíptica ha determinado este ensayo. Sólo el deseo de deducir rasgos definidores y consecuencias, apoyándome en lo que creo equilibrado —y directo— conocimiento de las letras americanas.

Termino esta introducción. Para refutar juicios que hablan de frondosidades y tropicalismos hispanoamericanos, que el prólogo, por lo pronto, sea reve.

## I

### *Las Américas*

No se trata aquí de comenzar por plantearnos si el nombre de América está bien o mal puesto, ni de postular —como se ha dicho últimamente— un origen indígena para el nombre<sup>1</sup>. Quedan esos temas para los que puedan defenderlos con cabal conocimiento de causa. Yo prefiero restringirme a aspectos, si se quiere más actuales y, quizás por ello, más palpitantes: los de las partes o divisiones internas del continente, y los que se relacionan con la mayor o menor razón de las denominaciones.

Para muchos (para la gran mayoría) no hay aquí problemas de ninguna naturaleza y todo se reduce a aceptar la división externa: la de las dos o tres “Américas”, apoyadas en el relieve geográfico. Claro que esta división resulta sobremanera incompleta cuando se quiere penetrar, a través de ella, en circunstancias más hondas que las que derivan de una simple partición por latitudes.

Precisamente, el afán de sobrepasar las limitaciones de división tan simple ha llevado a proponer otras particiones que, si no siempre convencen del todo, tienen por lo menos el mérito de pretender ahondamientos y no quedarse en la superficie.

Tal, por ejemplo, la distinción sociológica propuesta por Germán Arciniegas entre la América Oriental (o del Atlántico) y la América Occidental (o del Pacífico). La primera, más cercana a Europa, innovadora; la segunda, más tradicional, como replegada en sí misma<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Me refiero a los que buscan en un nombre indígena de las Antillas el origen de la palabra “América” (Cf. MIGUEL SOLÁ, *América es nombre americano*, en la *Revista de Educación*, de

La Plata, 1959, iv, N° 1, nueva serie, págs. 72-74).

<sup>2</sup> Cf. *Debates sobre temas sociológicos*, en *Sur*, de Buenos Aires, 1940, N° 72, págs. 102-105.

Tiene también validez la distinción de las “Cuatro Américas”, apoyada en razones lingüísticas, aunque la diferenciación es muy desigual. Surge de las cuatro lenguas europeas radicadas y, en parte, personalizadas en el continente: español, portugués, inglés y francés<sup>3</sup>.

Otras diferenciaciones, bien comunes, tienen un carácter excluyente y, a veces, polémico. Entre nosotros, o mejor, en países de lengua e pañola y portuguesa, han nacido nombres como los de Iberoamérica, Latinoamérica, América Latina, Hispanoamérica, América Hispánica, América Hispana, América Española, etc.<sup>4</sup>. Todos estos

A esta partición establecida en nuestro siglo por Germán Arciniegas, podemos agregar algunos precedentes argentinos, un tanto curiosos.

En una carta de Pueyrredón a San Martín se habla de “la América del Oeste”, como realidad geográfica (carta fechada en Buenos Aires, el 25 de febrero de 1817. Ver San Martín, *Documentos del Archivo*, iv, Buenos Aires, 1910, pág. 584). La distinción responde a una idea más bien militar, en la época, pero no deja de ser digna de mención.

Alberdi, por su parte, en su polémica con Sarmiento distinguía, no entre la dos costas, sino entre el litoral y el mediterráneo sudamericanos (o argentinos), para localizar el espíritu nuevo y el espíritu viejo en Sudamérica. (Ver ALBERDI, *Cartas quillotanas*, en *Obras completas*, iv, Buenos Aires, 1886, pág. 69).

Por último, a fines del siglo, la distinción de Paul Groussac en el caso especial de los Estados Unidos: el “Oeste” frente al este ejemplificado en la Nueva Inglaterra (Ver P. GROUSSAC, *Del Plata al Niágara* [1897], ed. de Buenos Aires, 1925, pág. 325).

<sup>3</sup> Ver ALUIZIO DE FARÍA COIMBRA, *As quatro Americas*, en la *Revista das Academias de Letras*, de Río de Janeiro, 1942, ° 39, págs. 90-94.

Germán Arciniegas, después de su tesis de las “Dos Américas”, en sentido longitudinal, ha desarrollado la ya planteada distinción de las “Cuatro

Américas”, y no sólo como entidades lingüísticas, sino —lo que más importa— como entidades históricas diferentes. O, como dice recientemente:

“En realidad, hay cuatro Américas que representan cuatro áreas históricas, cuatro experiencias, cuatro estilos, cuatro personajes que andan en busca de una expresión, es decir: de una cultura” (Ver G. ARCINIEGAS, *Las cuatro Américas*, en *Cuadernos*, de París, 1962, N° 60, pág. 4). Cf., su estudio anterior, *Las cuatro Américas*, en *Cuadernos Americanos*, de México, 1949, VIII, N° 3, págs. 7-17.

<sup>4</sup> Sobre “América española”:

“Don Manuel Montt marcha a rehabilitar en esta América española, podrida hasta los huesos, la dignidad de la conciencia humana...” (SARMIENTO, *Recuerdos de Provincia*, ed. de B. Aires, 1896, pág. 207).

“Creo que si se examinan los sucesos de la América española (por ejemplo) con conocimiento de la manera de ser de la Península...” (JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, carta a Alejandro Magariños Cervantes, fechada en Rosario, el 28 de octubre de 1858.

Ver J. M. GUTIÉRREZ, *Epistolario*, Buenos Aires, 1942, fol. 72). Rubén Darío distinguía entre “la América española” (ver *Los cisnes* y *A Roosevelt*, en *Cantos de vida y esperanza*) y “la

nombres (algunos de menor extensión abarcadora) se refieren al vasto sector de la América situado al sur del Río Grande, que separa hacia el este los Estados Unidos y México<sup>5</sup>. (Hay algún otro nombre como Indoamérica, caro a Haya de la Torre y a los indigenistas, pero que no ha tenido mayor aceptación. A la "América Indoespañola" se refirió también Germán Arciniegas)<sup>6</sup>.

De aquellos nombres, América Latina o Latinoamérica pueden eliminarse fácilmente por su general vaguedad. En cambio, otros como América Hispánica<sup>7</sup> y, aun, Iberoamérica<sup>8</sup>, se defienden mejor. Prefie-

Latina América" (ver *Salutación al Aguila*, en *El canto errante*). De la misma manera, Manuel Ugarte: a "la América española" se refiere en *Las nuevas tendencias literarias* [1908], Valencia, s. a., págs. 20, 25, 133, etc.; a la "América Latina", en *El porvenir de la América Latina*, Valencia, s. a. [1911].

Cf., también, PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *La América española y su originalidad* (en *La Nación*, de Buenos Aires, 27 de septiembre de 1936).

<sup>5</sup> Diferenciaciones subjetivas (y, por descontado, muy especiales) son las de Martí y Jorge de Lima. "Nuestra América" significa mucho en el pensamiento de Martí, a pesar de que el gran cubano no conservó esta denominación en su Carta-testamento literario. Claro está que "Nuestra América" es la América de lengua española, en oposición (o, mejor, deslinde) de los Estados Unidos. (Ver JOSÉ MARTÍ, *Obras completas*, II, ed. de La Habana, 1946, págs. 102 y 105). Leemos en Pedro Henríquez Ureña: "Su vida [la de Martí], toda de sacrificio, estuvo dedicada a Cuba y a "nuestra América" (expresión que él acuñó)..." (Ver P. H. U., *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, 1947, pág. 143). Rubén Darío mencionó "la América nuestra", en su vibrante poema *A Roosevelt*.

Jorge de Lima gustaba de referirse a "Mi América", nombre aplicado a la América de hablas portuguesa y es-

pañola. (Ver MANUEL BANDEIRA, *Panorama de la poesía brasileña*, trad. de Ernestina de Champourcin, México, 1951, pág. 110).

<sup>6</sup> A pesar de Raúl Haya de la Torre, Juan Carlos Mariátegui y —ahora— Germán Arciniegas (este último, con variante), "Indoamérica" o "América Indoespañola" no tendrá mayor peso mientras no lo tenga el indígena en la dirección de la sociedad americana.

<sup>7</sup> Para la denominación "América Hispánica", ver RUFINO BLANCO FOMBONA (*El Modernismo y los poetas modernistas*, Medria, 1929, pág. 7) y JOSÉ VASCONCELOS (*El mapa estético de América*, en *La sonata mágica*, ed. de Buenos Aires, 1950, pág. 90). Pero es indudable que el nombre recibe un apoyo muy firme con los libros de PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA (*Literary currents in Hispanic America*, Cambridge, Mass., 1945, e *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, 1947).

<sup>8</sup> Rodó defendía la denominación de "Iberoamérica" (incluyendo en ella, por cierto, a Hispanoamérica y el Brasil), por sobre la de Latinoamérica (ver J. E. Rodó, *El mirador de Próspero*, ed. de Barcelona, 1928, págs. 327-329). Antes, en denominación más subjetiva, había hablado de la gran "Patria hispanoamericana" (In., págs. 171-172).

Waldo Frank prefería el nombre de "América Hispana", aunque a través

ro el primero porque afirma, en primer término, el nombre del continente, aunque quizás la conclusión a que llegamos es que ninguno acaba de convencernos de manera total.

Ahora bien, mientras en esta parte del continente nos preocupamos por tales indagaciones, en el norte —quiero decir en los Estados Unidos— no se plantean mayormente tales problemas. Ellos precisan, sí, el nombre oficial del país, pero se llaman a sí mismos “americanos”<sup>9</sup>. Y nosotros, los hispanoamericanos, extendemos la vaga amplitud del gentilicio al nombre del país, aunque agreguemos un Norte igualmente vago. Claro que en México y regiones del Caribe, sobre todo, la simple mención de “Americano” (dejo a un lado nombres de uso e intención más restringida) traduce sin ninguna duda el “american” citado.

Esta denominación está defendida tanto por los oriundos de los Estados Unidos como por los habitantes de otros continentes (y —lo vemos— por nosotros mismos)<sup>10</sup>. Me parece oportuno recordar aquí un párrafo humorístico de Julio Camba acerca del nombre —o del *no nombre*— de los Estados Unidos y sus habitantes:

“... en cuanto a lo de “estadounidenses” no creo que ninguna persona de mediano gusto pueda decirlo ni siquiera una vez. No hay más remedio, por lo tanto, que decir “americanos”, o “norteamericanos”, o “ciudadanos norteamericanos”; pero esto, que

de preferencias brasileñas —nos dice— aceptó finalmente el nombre de “Iberoamérica”. Por eso, el libro de donde sacó este dato se titula *Ustedes y Nosotros. Nuevo mensaje a Iberoamérica* (trad. de Frida Weber, Buenos Aires, 1942, págs. 10-13).

Alberto Wagner de Reyna, en fin, prefiere la denominación de “Iberoamérica” para este “semicontinente” que él ve bajo el signo del barroco (Ver A. WAGNER DE REYNA, *Destino y vocación de Iberoamérica*, Madrid, 1954).

\* Los testimonios son abrumadores. Por eso, vale la pena transcribir un breve comentario de Waldo Frank, que los resume:

“Nos llamamos a nosotros mismos “Estados Unidos”, como si la

nuestra fuera la única unión; o, sencillamente, “América”, como si el Canadá y la Patagonia no fueran América. Y exclamamos en nuestro Himno “Salve Colombia”, sin respeto por la República, fundada por Bolívar”. (W. FRANK, *Ustedes y Nosotros*, págs. 9-10).

<sup>10</sup> Por supuesto, Sarmiento es un testimonio infaltable. En una página de los *Viajes* leemos: “El banco americano”, “monumentos americanos”, “Si los americanos...” (Ver SARMIENTO, *Viajes*, III, ed. de Buenos Aires, 1922, pág. 33).

Hasta Martí refleja algunas veces este nombre (ver *Obras completas*, I, La Habana, 1946, pág. 1319; II, pág. 494). Pero en él hay notoria variedad.

viene a ser, precisamente, lo que los ciudadanos en cuestión quieren que se les diga, es, al mismo tiempo, decir mucho y no decir nada . . .”<sup>11</sup>.

En todo caso, los estadounidenses (reconozcamos, sí, que el nombre no es muy eufónico) distinguen entre ellos, “americans”, y hacia el sur, lo restante de América que se engloba con un vago “South America” o, a lo más, “Latin America”. El Canadá, arriba del mapa, no cuenta mayormente en estas distinciones.

La particular perspectiva a que me refiero no es de ahora: viene de atrás o, más exactamente, del pasado siglo, y responde, esto es innegable, al poderío creciente del país del norte. Quizás sea conveniente decir que el gentilicio “americanos” (así, tan generalizador, por “estadounidenses”) nació fuera de América y fue aplicado a aquellos que ostentaban o parecían ostentar desarrollo e instituciones paralelas a las europeas. A un lado España y Portugal, pudo contribuir también la cercanía a Europa, en una época en que la cercanía se calculaba de manera diferente a la de hoy. En fin, lo concreto es que el gentilicio viene de tiempo atrás y que se apoya en una acumulación visible de elementos.

No siempre, claro está, fue lo mismo. Dejemos aparte denominaciones como “Indias” e “Indias Occidentales”, puesto que no son las que han perdurado, aunque se utilizaran comúnmente en los primeros siglos coloniales, especialmente en la época de la Conquista. Reparemos, en cambio, en el nombre de América, tal como se empieza a utilizar desde el siglo xvii, con distinciones y, también, con omisiones discutibles. Por ejemplo, en la época colonial se identifica América Septentrional con México, y América Meridional con Perú, identificación bastante utilizada, aunque América en aquellos siglos no se redujera, por supuesto, a México y al Perú (o, mejor, a los Virreinos de México y del Perú).

“Estas dos partes del mundo, Septentrional y Meridional, que componen la América, parece que las crió Dios . . . como dos hermanas gemelas . . .”, escribió Juan de Palafox y Mendoza<sup>12</sup>.

Antonio de Solís, con elegante y poco común prosa, escribió a fines del siglo xvii la *Historia de la Conquista de México, población y progreso de la América Septentrional, conocida con el nombre de Nue-*

<sup>11</sup> Cf. JULIO CAMBA, *Sobre casi todo*, ed. de Buenos Aires, 1946, págs. 105-107.

<sup>12</sup> JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA, *De la naturaleza del indio*, en *Ideas políticas*, ed. de México, 1946, pág. 59.

va España (Madrid, 1685). Y el testimonio de Eguiara y Eguren, a mediados del siglo XVIII, no parece tener en cuenta para nada a posesiones no españolas.

“Aunque el Nuevo Mundo abarca, como vulgarmente decimos —afirma—, dos Américas, la mexicana o boreal, y la peruana o meridional . . .” (*Biblioteca Mexicana*)<sup>13</sup>.

De tal manera, tan extraña división se anticipa a lo que será después característica, pero a la inversa, de la América de lengua inglesa en relación a lo restante del continente.

Fray Servando Teresa de Mier todavía distinguía, en los primeros años del siglo XIX, una América del Norte española y una América del Sur e pañola . . . “tomando el Istmo de Panamá como punto de esta demarcación”<sup>14</sup>. Y, a propósito de México y los mexicanos, recordemos, por los días de Fray Servando, las palabras del *Periquillo*: “Nací en México, capital de la América Septentrional, en la Nueva España . . .”<sup>15</sup>.

Paralelamente, otro concepto que cambió de contenido fue el del “Ambas Américas”. En la época colonial, y desde el sur, indicaba particularmente los dos grandes virreinos españoles, México y el Perú, tal como vemos en el ingenioso Concolorcorvo<sup>16</sup>. Pero ya en el siglo XIX, con la independencia de la mayor parte de las antiguas colonias europeas, indica sobre todo a la América Hispánica y los Estados Unidos (ver García del Río, Sarmiento, etc.)<sup>17</sup>.

Y en el siglo XIX se distinguieron, con cierta frecuencia, sectores de mayor o menor precisión lingüística. Así, se identifica América del Sur y lengua española (y portuguesa). Tal cosa se desprende de obras de Juan María Gutiérrez (*Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX*, I, único publicado, Buenos Aires, 1865), Juan Bautista Alberdi (*Observaciones sobre el Certamen Poético celebrado en Montevideo en 1841*) y Juan León Mera (*Ojeada histórica [sic] crítica sobre la poesía ecuatoriana*, Quito, 1868)<sup>18</sup>.

<sup>13</sup> JUAN JOSÉ EGUIARA Y EGUREN, *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*, trad. de Agustín Millares Carlo, México, 1944.

<sup>14</sup> FRAY SERVANDO TERESA DE MIER, *Escritos inéditos*, México, 1944, pág. 421.

<sup>15</sup> JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI, *El Periquillo Sarmiento*, ed. de Barcelona, 1933, pág. 20.

<sup>16</sup> CO COLORCORVO, *El Lazarillo de*

*ciegos caminantes*, ed. de Buenos Aires, 1942, pág. 394.

<sup>17</sup> Cf. JUAN GARCÍA DEL RÍO, *El museo de Ambas Américas* (Santiago de Chile, 1842), y SARMIENTO, *Ambas Américas* (Nueva York, 1867-1868). Las dos publicaciones periódicas.

<sup>18</sup> Cf. E. CARILLA, *El Romanticismo en la América Hispánica*, Madrid, 1958, págs. 13-14.

Claro que, a su vez, esta identificación no era del todo aceptada por los mexicanos, quienes, apoyándose en la geografía (o, si preferimos, en la línea del Ecuador) defendían lugar y nombre en el norte. Aún más, sobre esa base incluían, naturalmente en el norte, una gran parte de la llamada América del Sur. Nos sirve aquí otro interesante testimonio de Fray Servando Teresa de Mier, el inquieto mexicano<sup>19</sup>.

Volviendo a la situación a los Estados Unidos, es lógico sospechar que la denominación excluyente —Estados Unidos = América— surgió en Europa, fuera de España y Portugal, poco después de 1776. Entre muchos testimonios, veamos algunos con nombres ilustres. Goethe, en una graciosa poesía *A Estados Unidos*, escribía:

Tú, América, lo pasas mejor  
que nuestro continente:  
no tienes castillos en ruinas,  
ni tienes basaltos . . . [etc.]<sup>20</sup>.

En el siglo XIX la identificación se hace corriente. Una de las obras sociológicas más valiosas que entonces se elaboran es la del francés Alexis de Tocqueville, titulada *De la Démocratie en Amérique* (París, 1835). Pues bien, también sabemos que esta “Amérique” de Tocqueville se centra en los Estados Unidos. En fin, dentro de los abundantes ejemplos de nuestro siglo, otro ejemplo ilustre: la novela de Franz Kafka titulada *Amerika*. Y otra vez, América se reduce a los Estados Unidos.

El proceso es fácilmente explicable: así como en los siglos coloniales América era por excelencia el ámbito que abarcaban las colonias españolas (y, menos, las portuguesas), ámbito remarcado por la riqueza, extensión y, comparativamente, por la cultura, a partir de fines del siglo XVIII y de la Independencia de los Estados Unidos, junto con el creciente poderío del país del norte se va haciendo cada vez más común la identificación.

<sup>19</sup> También de la época de las Revoluciones de Independencia, un curioso texto de Camilo Henríquez. En su “drama sentimental” *Camila o La patriota de Sud-América* distinguía, dentro de Hispanoamérica, entre “americanos” (sobre todo, indígenas) y “españoles” (acto III, escena II. Cf. ALBERTO GHIRALDO, *Antología ameri-*

*cana*, I, Madrid, s. a., pág. 175). En este drama se mencionan, en clara enunciación, “los Estados Unidos de Norte América” (acto IV, escena III).

<sup>20</sup> Cf. ALFONSO REYES, *Goethe y América* (en la revista *Verbum*, de Buenos Aires, 1932, xxv, Nº 82, pág. 78).

Como vemos hay diversidad y hasta complejidad de denominaciones. Y, por supuesto, no se trata de simples rótulos: detrás de éstos hay fundamentos de todo tipo, aspiraciones, ideales, crecimientos y declinaciones... Signo de los tiempos y cambio de los signos. A comienzos del siglo xx, Rufino Blanco Fombona disparaba, en su ardor anti-yanqui, contra el monopolio del nombre de "Americanos" que se achacaba a los estadounidenses. Se acercaba, así, a la sátira de Julio Camba. Decía:

"Pero ¿a qué extrañarse de que se titule este volumen *Contes Américaines* y no *Contes Sudaméricaines*? Tan americanos somos como otros. El monopolio de ese adjetivo "americano" por parte de los yanquis es una pretensión incalificable...

Lo que sucede es que los Estados Unidos son el único pueblo de la tierra que no tiene nombre. Pueblo práctico, saca provecho hasta de sus defectos..."<sup>21</sup>.

Lo que no nos dice Blanco Fombona es que esa igualdad (estadounidenses = americanos) fue obra tanto de los habitantes de los Estados Unidos como de los extranjeros.

Esta diversidad de intereses y planteos nos muestra, por otra parte, que la unidad del continente es más aparente que efectiva, a pesar de todos los esfuerzos realizados en pro del acercamiento y a pesar de un "Panamericanismo" más proclamado que sentido. Aquí tenemos, con el vocablo "Panamericanismo" otra denominación que procura ser, precisamente, la síntesis abrazadora de los nombres que indican sectores particulares o regionales del continente, pero que no tienen todavía el respaldo popular (más allá de discursos de circunstancias y del "Día de las Américas") que ha de darle en el futuro una verdadera "conciencia americana".

Los Estados Unidos (nación, pueblo, cultura, civilización, etc.), constituyen hoy, por razones obvias, uno de los temas de moda dentro de la bibliografía universal. Reduciéndonos a la bibliografía "en simpatía", es infantil pretender quejarse, desde el sur del continente, de esa preferencia, así como del desnivel en que nosotros aparecemos dentro de la bibliografía. Pero, a su vez, esa importancia indiscutible no es obstáculo para que aspiremos a ciertas precisiones reparadoras. En fin, repito y concluyo, no se trata de un torneo gratuito o lujoso de nombres, sino de valores espirituales que puján por sostenerlos.

<sup>21</sup> RUFINO BLANCO FOMBONA, *Diario de mi vida*, Madrid, 1929, págs. 17-18.

## 2

*América: comunicación y aislamiento*

## I

La relación y comunicación de los pueblos hispanoamericanos, fuera de los contactos marcados por la vecindad, no fue, en el pasado, fenómeno muy visible. Y al hablar de pasado no podemos retroceder, por razones obvias, más allá de principios del siglo XIX, en que comienza la vida independiente de la mayor parte de esos pueblos. Plantearnos el problema en relación a la época colonial no tendría mayor sentido.

Es cierto que, sobre todo en la época de las Revoluciones de Independencia, algunos hispanoamericanos lograron destacarse y hasta ocupar altos puestos políticos en países del continente, fuera de la patria. Ello suele convencernos, en principio, de una gran patria americana, o, mejor, hispanoamericana, por aquellos tiempos, cuando aún no estaban tan firmes rasgos de nacionalismo que se endurecieron más tarde. No sólo americanos logran esa situación, puesto que también los hay europeos (que vienen con un prestigio o que alcanzan el prestigio aquí), pero esto no altera una verdad general<sup>1</sup>.

Es con posterioridad, una posterioridad que no debe aguardar, naturalmente, muchos años, que se cortan o se hacen más raras estas aproximaciones. Quizás, como consecuencia de fuerzas que gravitan desde dentro y que procuran poner más rígidas fronteras, si bien los países americanos —salvo contadas excepciones— nunca extremaron obstáculos para los hombres de mérito o con ansias de trabajo que llegaron hasta sus tierras.

<sup>1</sup> “En otra época, la libertad de trasladarse y cambiar de país pudo ser absoluta o casi absoluta. Así en la época de la “formación americana”, mediados del siglo XIX: el poeta Heredia, en México —vinculado hasta con el gobierno— y los cubanos en la Guerra del 68, con Santacilia, Torroella, Estrada y Zenea. En los Estados Unidos, Martí, García Kohly, el guatemalteco Antonio José Irisarri y la política chilena. Andrés Bello, venezolano, y su acción en Chile. Hostos, puertorriqueño, maestro de Santo Domingo y de Chile, al punto que ha venido a

ser un epónimo dominicano. Y no digamos ya los héroes comunes de la Independencia (ALFONSO REYES, PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA y FRANCISCO ROMERO, *La constelación americana*, México, 1950, págs. 33-34).

Los ejemplos están bien elegidos, pero, naturalmente, podemos agregar muchos otros. Entre ellos, nada menos que el grupo de emigrados argentinos durante la época de Rosas (Sarmiento, Alberdi, Vicente Fidel López, Mitre, Juan María Gutiérrez...). Antes: Pazos Kanki, Camilo Henríquez, Miralla, García del Río, etc.

Circunscribiéndonos exclusivamente a los americanos, es evidente que el fenómeno de la intercomunicación, que puede defenderse con muchos nombres propios, no contribuyó de manera decisiva a acercar fronteras. Era como si el “trasplantado” se identificara plenamente con el nuevo ámbito, y como si ratificara la idea de que no había diferencias esenciales entre la tierra que dejaba y la nueva. Sin embargo, repito (y las pruebas están a la vista) no contribuyó esto a un acercamiento efectivo. El fenómeno es más visible en años recientes.

Podemos palpar que, pasadas las luchas de Independencia, los pueblos hispanoamericanos se alejan entre sí o se desconocen. Tiránías y guerras civiles (que tanto abundan) no eran, por otra parte, los medios más adecuados para establecer o afianzar contactos, aunque —paradójicamente— contribuyeran a la expatriación. De ahí la frecuencia con que, sobre todo entre los más capaces, resuenan quejas acerca del aislamiento o desconocimiento mutuo en que viven estos países.

Así escribe Benjamín Vicuña Mackenna, a mediados del siglo:

“Esta incomunicabilidad intelectual en que están las diferentes repúblicas es uno de los síntomas más graves de los hondos males que nos aquejan y nos dividen, así como un sistema opuesto sería una de las más poderosas palancas de salvación que pudiéramos tocar y el más fuerte lazo de unión que pudiera amarrar los despedazados fragmentos de la familia americana . . .”<sup>2</sup>.

En 1897, escribía Groussac:

“Por centésima vez, en México, experimento la sensación de la enorme distancia que nos separa de este país. Nos ignoramos mutuamente, cual si viviéramos en planetas distintos. Fuera del círculo de algunos estudiosos, las figuras de Sarmiento y Alberdi son absolutamente desconocidas . . .”<sup>3</sup>.

Años después, es Hostos el que escribe:

“Es una desgracia de nuestra América Latina que sus pueblos vivan tan ignorados los unos de los otros . . .”<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *Páginas de un diario durante tres años de viajes. 1853, 1854, 1855*, Santiago de Chile, 1856. Cit. por RAFAEL ALBERTO ARRIETA, *Centuria porteña*, Buenos Aires, 1944, pág. 87).

<sup>3</sup> PAUL GROUSSAC, *Del Plata al Niá-*

*gara*, ed. de Buenos Aires, 1925, pág. 203.

<sup>4</sup> EUGENIO MARÍA DE HOSTOS, *Salomé Ureña de Henríquez* [1897], en *Obras completas*, XI, La Habana, 1939, pág. 242.

En fin, en recordadas páginas de *Ariel* (1900), escribió Rodó:

“Mis impresiones del presente de América en cuanto ellas pueden tener un carácter general a pesar del aislamiento en que viven los pueblos que la componen . . .” [etc.]<sup>5</sup>.

Y todo lo anterior puede aún completarse, en otra perspectiva, con palabras de Unamuno, siempre atento a las cosas de América.

“Porque no es sólo que en España se conozca poco y mal a la América Latina, y que en ésta se conozca no mucho ni muy bien a España, sino que sospecho que las repúblicas hispanoamericanas, desde México a la Argentina, se conocen muy superficialmente entre sí”. (*Don Quijote y Bolívar*). “Lo vasto de la América y la pobreza y dificultad de sus medios de comunicación contribuyen a ello, ya que México, verbigracia, está más cerca de España o de Inglaterra o de Francia, que de la Argentina . . .” (*José Asunción Silva*)<sup>6</sup>.

¿A qué más? Los testimonios citados reflejan una realidad tan visible que ni siquiera necesitan respaldarse en la jerarquía de los nombres que los enuncian.

En nuestro siglo hay menos aislamiento. Sería injusto no reconocer que el cuadro anterior ha cambiado, especialmente en los últimos años, a favor de ciertas condiciones apropiadas (facilidades y rapidez de los viajes y comunicaciones, periodismo, cine, radiotelefonía, televisión, justas deportivas, etc.). En todo caso, y salvo la vecindad estrecha, quizás el acercamiento sea más superficial que profundo y no responda acabadamente a nuestras aspiraciones. De acuerdo, pero no puede negarse una mayor cercanía y comunicabilidad.

Un signo de esa mayor relación debemos verlo en los contactos culturales y, particularmente, literarios, que se observan entre los pueblos hispanoamericanos. Aún más, creo que aquí, en la difusión que tienen obras literarias de un país en otros países del continente de igual lengua, aparece esa más llamativa intercomunicación.

Se dirá que a lo largo del siglo pasado ocurrió algo semejante. Sin embargo, vemos que hay ciertas diferencias: la difusión de libros hispanoamericanos durante el pasado siglo y los comienzos de éste fue, especialmente, el resultado de un prestigio personal que llevaba en sí, al trasladarse de un país a otro, la circulación de la obra.

<sup>5</sup> JOSÉ ENRIQUE RODÓ, *Ariel*, ed. de Santiago de Chile, 1936, pág. 24.

<sup>6</sup> Ver UNAMUNO, *Ensayos*, II, ed. de Madrid, 1945, págs. 712 y 1033.

Si hoy este rasgo no ha desaparecido, se ha debilitado frente a otra característica digna de señalarse: el movimiento editorial, sobre todo en México y la Argentina, ha concedido atención apreciable a las obras escritas en otros países hispanoamericanos.

En otro nivel, podemos también mencionar el intercambio universitario y reuniones continentales más frecuentes (reuniones, por lo común, de carácter cultural). Todo lo cual constituye, si no un límite ideal, por lo menos un avance visible en relación a lo que fue corriente durante muchos años.

Desgraciadamente —y aunque esto escape a lo que nos preocupa— no se ha avanzado en igual proporción dentro de la vida política social de estos países. Aquí las señales son poco alentadoras. A pesar de nuestras esperanzas y nuestro ahinco. Pero la maleza de este terreno no se extirpa con discursos de ocasión ni con alegatos de tipo patriótico.

## II

Ahora bien, conviene no olvidar que nuestra aspiración no termina con los países de lengua española. También pretendemos, con un miraje abarcador, llegar a todos los rincones del continente, incluidos —clar está— el Brasil y los que están más al norte, en particular los Estados Unidos y el Canadá.

Tomemos como ejemplos típicos al Brasil y los Estados Unidos. Es notorio que la relación y proximidad de los países hispanoamericanos con el Brasil ofrece más de una prueba palpable, producto de diversos paralelismos (históricos, políticos, sociales, culturales). Cabe, sin embargo, la pregunta: ¿hay una verdadera intercomunicación? Creo que a pesar de ciertos contactos, especialmente los deportivos, estamos lejos de conocernos bien. Eso que en nuestro caso (hablo de la Argentina y el Brasil) hasta se da en el hecho paradójico de fronteras comunes. El movimiento cultural brasileño nos llega por olas sucesivas y limitadas: novela (con más fuerza en la de tendencia social), el teatro reciente. En el caso inverso, vale decir, lo argentino en el Brasil, menos que eso.

Detengámonos ahora en los Estados Unidos. Quizás desde la América Hispánica parezca que existe en el norte, en los últimos años, un verdadero interés por nuestros problemas y nuestra cultura. Por lo menos, que se aproxime al conocimiento que —a través de diferentes vías— se tiene, al sur del Río Grande, de los Estados Unidos. Pues bien, una breve permanencia en el país del norte alcanza para destruir tan halagadora esperanza. Hay múltiples testimonios que prueban lo poco

que hemos ganado en tal perspectiva y en la superación de una ambigua y casi caótica "South America". La realidad social en que nos colocan —sin muchos matices— es un reflejo de algo que sienten como auténticamente nuestro y está muy cerca de la que alguna vez hemos visto en casi increíbles películas o hemos escuchado en pintorescas canciones. No combato la palabra dura o el juicio severo (que a menudo nos merecemos) sino la incompreensión o el simple afán imaginativo.

Escapan a este perfil, por supuesto, círculos universitarios y, sobre todo, los que están ligados a la enseñanza del español, dentro de los cuales abundan los hispanoamericanos. Lo que asombra es que la ingente actividad de muchos de esos centros, la capacidad de sus hombres y la seriedad de sus trabajos (que muchas veces irradian fuera del país) tengan tan poco eco en el ámbito estadounidense, en el pueblo estadounidense, y no se superponga a una visión limitadísima, de raíces populares o periodística.

Hay, además, eruditos libros, como el no muy alejado de Stanley T. Williams (*La huella española en la literatura norteamericana*), que muestran la influencia de España —y, mucho menos, de Hispanoamérica— en los Estados Unidos<sup>7</sup>. La presencia es indudable en numerosos escritores y "viajeros", pero no revela, ni se revela, un interés paralelo en sectores más amplios que el que escritores y "viajeros" muestran.

Dentro de la diversidad de elementos a mi alcance, prefiero aquí referirme a dos casos ilustrativos. El primero es un ejemplo que tomo, entre muchos semejantes, porque me parece revelador de ese desconocimiento que, desgraciadamente, no acaba de vencerse, a pesar de la propaganda, las misiones oficiales y el Panamericanismo.

En los Estados Unidos existe la llamada "The Great Books Foundation", que, en un orgánico plan de siete años, propone la lectura y comentario o discusión de doscientos libros selectos del pensamiento y la literatura universales. Aclaro, también, que no es la única institución de este tipo. Naturalmente, se trata de libros editados y vendidos por la propia fundación, si bien conviene decir, en honor a la verdad, que no se trata de un lucro exagerado. Pues bien, sin negar el incuestionable valor a una gran parte de las obras que en plan figuran (La

<sup>7</sup> STANLEY T. WILLIAMS, *The Spanish Background of American Literature*, 2 vols., New Haven, 1955. Hay traducción española con el nombre de *La huella española en la literatura norteamericana*, trad. de Justo Fernández Buján y Emilia Moliner de Fernández Buján, 2 tomos, Madrid, 1957. Se tra-

ta de una obra valiosa por la abundancia de datos, y su mérito crece al compararla con otras anteriores. Observamos, sí, cierta tendencia a exagerar la influencia española y revela más conocimiento de lo español que de lo hispanoamericano en general.

Biblia, Platón, Aristóteles, Shakespeare, Kant, Virgilio, Dante, Cervantes, tanto Tomás, Goethe, Dostoiewsky, Montaigne, Espinosa, Hegel, Rous eau, etc.), llama la atención que, en relación a los proporcionalmente numerosos textos vinculados a los Estados Unidos (explicables, admitidos, por el lugar en que se produce), no figure ninguno de Hispanoamérica ni del Brasil. (En lengua española, únicamente el *Quijote*)<sup>8</sup>.

¿erá posible que, ni siquiera como “curiosidad”, hayan encontrado una obra de esta parte del continente? De acuerdo en que no debemos exagerar, pero por lo menos hay derecho a pedir una obra (el *Martín Fierro*, *Os Sertoes*, *Doña Bárbara*, o alguna otra). Hubiera hecho menos sensible el vacío y la injusticia indudable. Y, por otro lado, hubiera permitido comprobar que el extendido sur del continente es algo más que una confusa serie de países subdesarrollados o de exclusivo interés turístico.

El segundo testimonio se refiere a los ecos (o, mejor, a la falta de eco) que los escritores de Hispanoamérica y el Brasil tienen en los Estados Unidos, a pesar de que a veces suele presentarse este caso entre nosotros de manera engañosa. Vayamos al ejemplo. Recuerdo el silencio, prácticamente total, que provocó la muerte de Alfonso Reyes. Repito: no hablo de profesores universitarios españoles e hispanoamericanos, ni de sus cátedras. Recuerdo que en Nueva York (28 de diciembre de 1959) apenas si el *New York Times*, entre los diarios de lengua inglesa, publicó una sucinta biografía necrológica, no mayor a la de cualquier laborioso “executive”. (Creo que no hace falta destacar las dimensiones casi “monstruosas” de este difundido diario). Recuerdo también que la noticia tenía, si no méritos de crítica, esta dolorosa verdad: declaraba que Alfonso Reyes era poco conocido en los Estados Unidos. ¡Y era Alfonso Reyes! Y era por último, en relación a los Estados Unidos, un mexicano, aunque esa proximidad no suele pesar mucho<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> “The Great Books speak directly to every man, of himself and of his human concerns. Their voices are original, forceful, clear. They have for generations been widely read by thoughtful men, have influenced men’s personal histories and the wider history of their recorded acts. Both timeless and timely, they deal with our basic problems, the persistent

questions that each man asks himself, every society is forced to deal with — now and always...” [etc.]. (The Great Books Foundation, *Great Books Discussion Readings*, Chicago)

<sup>9</sup> “Alfonso Reyes, poet, dead at 70. Mexican Writer and Scholar had been Envoy to Spain, France and Argentina...” (*New York Times*, 28 de diciembre de 1959).

Concluyo. No es necesario desconocer la labor que desarrollan algunos centros y algunos hombres; tampoco hay que pretender un intercambio parejo, puesto que no se trata de factores geométricos, pero es evidente que falta una intercomunicación y una comprensión adecuada entre los diversos sectores americanos. Estas breves referencias, apoyadas en parcialidades de la línea espiritual, lo prueban de manera rotunda y se agregan a muchas otras, de sobra conocidas.

## 3

*Literatura colonial*  
y  
*Literatura de la época independiente*

Naturalmente, este problema nació en el siglo XIX, cuando se pudo ver con alguna perspectiva y se pudo hablar, con algún fundamento, de una literatura colonial y una literatura independiente. O, mejor, de una literatura de los países independientes. Sospechar que este problema apareció antes del siglo XIX es reproducir, quizás con menos gracia, aquel chiste de "Nosotros, los hombres de la Edad Media . . .". Los hombres de la Colonia tuvieron chispa y tiempo de sobra para reproducirlo, pero no alcanzaron a tanto . . .

Nació, como digo, apenas terminadas las luchas de Independencia, y como una necesidad de tomar posiciones. La aspiración era perfectamente válida.

Ahora bien, no estamos descaminados si buscamos el planteo del problema especialmente en el Río de la Plata o en lugares donde vivieron hombres oriundos de esa región. La causa es fácil de explicar: la débil valla que constituye una pobre cultura colonial (el Virreinato había nacido a fines del siglo XVIII, más por razones militares que por otros factores), y un pujante movimiento que surge en el Río de la Plata alrededor de 1830.

De nuevo, el viento del romanticismo favorece tales eclosiones. Se discute, entre otras cosas, la existencia o validez de una literatura nacional y, por descontado, también la validez o no de la literatura colonial como punto de arranque.

En apariencia paradójicamente, se plantea primero la posibilidad de aceptar o no la literatura colonial, antes de considerar, como se hizo después, la existencia de una verdadera literatura hispanoamericana o nacional.

Párrafos de Echeverría, Florencio Varela, Andrés Bello y Alberdi,

sirven aquí de ejemplo. Sobre todo, interesa puntualizar el desencuentro (nombre más exacto que el de polémica) entre Florencio Varela y Alberdi, puesto que surgió como consecuencia de un mismo hecho: el Certamen poético celebrado en Montevideo en 1841, con motivo de un nuevo aniversario de la Revolución de Mayo. El *Informe* del Certamen lo redactó Florencio Varela y mereció unas *Observaciones* de Alberdi. Varela había escrito:

“Ninguna literatura *americana* pudo haber mientras duró en estas regiones la dominación española. Jamás una colonia tuvo ni tendrá literatura propia, porque no es propia la existencia de que goza, y la literatura no es más que una de las muchas fórmulas por que se expresan las condiciones y elementos de la vida social”<sup>1</sup>.

A este alegato respondió Alberdi con la referencia a escritores anteriores a la Revolución (menciona concretamente a Lavardén), y con las mismas razones aducidas por Varela, es decir, los elementos de la sociedad, apoyaba la necesidad de establecer una vinculación entre los siglos coloniales y la época independiente.

“El estudio de nuestra literatura colonial sería un digno tema de las investigaciones de los talentos serios que se levantan: es tiempo ya de abandonar preocupaciones pasadas de moda, y emprender seriamente el examen de los antecedentes literarios, legislativos y administrativos de nuestros tres siglos coloniales, que han dado a luz la sociedad presente. Sólo en el profundo estudio de nuestro pasado, aprenderemos a apreciar el presente, y descubrir la llave del porvenir”<sup>2</sup>.

En primer lugar, no deja de ser curiosa la posición de uno y otro: Varela, neoclasicista (pero no cerrado), cortando vínculos coloniales; Alberdi, romántico, defendiendo una continuidad.

Por otro lado, las palabras de Varela tienen un error de perspectiva indudable: no se trataba de juzgar la literatura *americana* desde dentro de la dominación española, sino desde fuera. Precisamente, era la diferencia de situación lo que determinaba planteos de ese tipo. (Dejemos sobrentendido que no eran momentos, ni estaban en condiciones de buscar un sutil americanismo en las letras coloniales).

<sup>1</sup> [FLORENCIO VARELA], *Informe de la Comisión Clasificadora* (en ALBERDI, *Obras completas*, II, Buenos Aires, 1886, pág. 70).

<sup>2</sup> ALBERDI, *Observaciones sobre el Certamen Poético celebrado en Montevideo en 1841* (en *Obras completas*, II, pág. 55).

De ahí que las reflexiones de Alberdi aparezcan más fundadas, aun dentro de cierta vaguedad y del énfasis que particulariza el párrafo. Y su punto de vista, en 1841, no se oponía a lo que había pretendido años antes en el *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*: la conquista del “genio americano”, un espíritu “nacional” como producto de la combinación de leyes generales del espíritu humano y de las individualidades nuestras<sup>3</sup>.

Posteriormente, vale decir, después de los hombres que pertenecieron a aquellas generaciones, apenas si se volvió a planteos semejantes. De tal manera prevaleció y prevalece hasta hoy la actitud alberdiana. Y hasta se dan hechos como el siguiente. En 1887, al responder Bartolomé Mitre a un amigo del Uruguay, Miguel M. Ruiz, sobre la existencia o no de una literatura hispanoamericana, mostraba sus reticencias en el problema fundamental, pero de ninguna manera negaba la continuidad. Prueba de ello, que la mayor parte de los nombres y obras que menciona corresponden a la época colonial. Quiere decir esto que, aun llegando al extremo de aceptar apenas indicios, reconocía los escasos materiales más allá de distinciones entre literatura colonial y literatura de la época independiente<sup>4</sup>.

No olvidemos, por otra parte, hilos sutiles que marcan también la continuidad. Así, por ejemplo, era natural en los siglos coloniales establecer la diferencia entre “españoles europeos” y “españoles americanos” (ver Feijoó, Concolorcorvo y tantos otros). Pues bien, esta distinción no se rompe del todo en la época independiente, como si se tuviera la sensación de vínculos no cortados que se superponen a la ruptura

<sup>3</sup> Cf.: “Y a propósito de emancipación, ¿sabemos los americanos que somos menos independientes de la España de lo que nos figuramos?”

La hemos vencido por las armas, pero nos posee todavía por muchos respectos...” (ALBERDI, nota al *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, Buenos Aires, 1837, pág. 128). “Nuestros padres nos dieron una independencia material: a nosotros nos toca la conquista de una forma de civilización propia, la conquista del genio americano. Dos cadenas nos ataban a Europa: una material, que tronó; otra, inteligente, que vive

aún. Nuestros padres rompieron la una por la espada; nosotros romperemos la otra por el pensamiento...” (ALBERDI, Prefacio al *Fragmento preliminar*, pág. 14. Ver, también, págs. 11-12 y 37).

<sup>4</sup> Cf. BARTOLOMÉ MITRE, carta a Miguel M. Ruiz, fechada en Buenos Aires, el 26 de marzo de 1887 (en B. MITRE, *Correspondencia literaria, histórica y política*, III, Buenos Aires, 1912, págs. 169-178). Esta extensa carta, ampliada (por medio, una carta de Calixto Oyuela), se publicó después con el título de *Letras americanas* (en *La Biblioteca*, de Buenos Aires, 1897, IV, págs. 61-77).

política. O, como ocurre en el caso de Sarmiento, no precisamente por complacencia u orgullo. De todos modos, signos inequívocos de una realidad<sup>5</sup>.

Es que, evidentemente, en los siglos coloniales está la raíz de la sociedad americana, y la literatura de nuestra época política ulterior encuentra también en aquellos siglos su origen indudable, aunque haya diferencias que provienen de esa especial situación.

Aceptamos la repercusión que, sobre todo en nuestro continente, han tenido los factores políticos sobre las letras. El fenómeno es fácil de mostrar, precisamente en el siglo XIX. Pero tal reconocimiento no supone establecer un paralelismo estrecho entre la historia política y la historia literaria.

La independencia política —bien lo sabemos— no significa de la misma manera independencia cultural. Sin hacer juegos de palabras u otras ingeniosidades acerca de la independencia política, la verdad que ésta pudo palpase concretamente entonces, cosa que no ocurrió con la literatura. Y hasta se da la paradoja de que los triunfos revolucionario fueran cantados casi siempre imitando poemas y formas de poetas españoles.

Una historia de la literatura hispanoamericana enfocada —por lo de “americana”— sólo a partir de la época de las Revoluciones de Independencia parte ya con un visible desajuste: el de pretender mostrar una literatura independiente por el único hecho de pertenecer a regiones políticas independientes.

Además ¿cómo quedan regiones como Cuba y Puerto Rico, que aún siguen, a lo largo del siglo, ligadas a España? Y no olvidemos, aunque no se trata de deducir una consecuencia mezquina, que la literatura de Cuba durante el siglo XIX es una de las más importantes del continente (Heredia, Delmonte, Zenea, Martí, Julián del Casal, Villaverde). Lo que cabe reconocer es que la mayor parte de ellos se vincularon a intentos revolucionarios, pero este reconocimiento no altera la situación que puntualizo.

<sup>5</sup> Cf. FEIJÓO, *Españoles americanos* (en el *Teatro crítico*, tomo IV, Discurso 6); CONCOLORCOVO, *El lazarrillo de ciegos caminantes*, ed. de Buenos Aires, 1942, págs. 285, 403 y 405; P. JUAN PABLO DE VISCARDO Y GUZMÁN, *Cartas a los españoles americanos* [1797].

En la época independiente, Juan Vicente González se refería a los “es-

pañoles europeos” (ver *Biografía del General Ribas*, ed. de Buenos Aires, 1946, pág. 50). Y SARMIENTO descargaba, malhumorado: “Nosotros, los españoles americanos...” (*Gallegos de allende y de aquende* [*Condición del extranjero en América*], en *Obras*, xxxvi, Buenos Aires, 1900, pág. 164).

En el otro extremo, no se trata tampoco de decir despectivamente, como alguna vez se ha hecho, que lo que los nacientes países hispano-americanos hicieron después fue cambiar de tutela: Francia por España, en muchos aspectos. No. Lo que quiero defender es la elemental idea de que, desgraciadamente, la independencia política no equivale a la independencia cultural. Y esto se explica: la independencia política es la natural aspiración de todo hombre, en cuanto ser social, al alcanzar un mediano grado de civilidad; en cambio, la independencia cultural presupone visible madurez y complejas circunstancias. Si muchos pueblos hubieran debido esperar a una identidad o conjugación de las dos condiciones, aún estarían aguardando la liberación política.

En el caso especial de Hispanoamérica, el Conde de Toreno consideraba, en el pasado siglo, que estos pueblos no habían alcanzado “el punto de madurez e instrucción necesarias para constituirse libremente”<sup>6</sup>.

Pero esta afirmación se refuta limpiamente con un párrafo admirable de Lord Macaulay:

“Los políticos de nuestra época suelen establecer como principio de verdad incontrovertible y evidente por sí misma, que ningún pueblo debe ser libre antes de hallarse en aptitud de usar su libertad; máxima digna de aquel loco que determinó no echarse al agua hasta saber nadar, porque si los hombres hubieran de aguardar la libertad hasta que el ejercicio de la esclavitud los hiciera digna de ella por su prudencia, por su virtud, esperarían siempre en vano”<sup>7</sup>.

Puede también servirnos aquí, quitándole su rotundidad de tesis, el conocido alegato de Virginia Woolf, cuando procuraba explicar la escasez de mujeres escritoras en Inglaterra, escasez comparativa, por el estado de dependencia en que la mujer ha vivido (de ahí “la necesidad de tener dinero y un cuarto propio”). Virginia Woolf decía en un párrafo:

“La independencia intelectual depende de cosas materiales. La poesía depende de la libertad intelectual . . .”<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Citado por JUAN VICENTE GONZÁLEZ, *Biografía del General Ribas*, ed. de Paris, s. a., pág. 10. En nuestro siglo, Eugenio D'ors procuró explicar nuestros males en forma parecida.

<sup>7</sup> LORD MACAULAY, *Milton*, en *Essays*

and *Lays of Ancient Rome*, Londres, 1891, pág. 20.

<sup>8</sup> VIRGINIA WOOLF, *Un cuarto propio*, Buenos Aires, 1956, trad. de Jorge Luis Borges, pág. 105.

Con mayor razón —y en virtud del caso distinto— podríamos decir que “la independencia intelectual depende de la independencia política”. Por lo pronto, esto último es punto básico, aunque, en sí, no presupone inmediatamente aquélla. Nuestra situación lo prueba con bastante claridad.

Circunscribiéndonos al campo literario, quizás nos sorprenda hoy, por las causas que se han apuntado, una obra como la reciente *Historia de la literatura americana en lengua española*, del francés Robert Bazin<sup>9</sup>. Bazin vuelve en su historia —no intencionadamente— a la concepción que defendía Florencio Varela hace más de cien años. Para el crítico francés, las literaturas nacionales nacen en Hispanoamérica con la independencia política. De ahí que su punto de arranque está en los comienzos del siglo XIX.

Bazin dice justificarse en unas líneas de Alfonso Reyes (*De poesía hispano-americana*): “El carácter hispanoamericano comienza a delinearse desde los primeros tiempos de la colonia . . . Pero las letras hispanoamericanas sólo adquieren importancia general en el siglo XIX, después de la independencia política de nuestras Repúblicas”. Lo curioso es que esas líneas sirven, con mayor fundamento, para defender lo contrario. Además, Alfonso Reyes habla sólo de “mayor importancia” en el siglo XIX. En fin, muchos otros párrafos de Alfonso Reyes —si quedara alguna duda— nos muestran su pensamiento al respecto.

Hablando por su cuenta, dice Bazin: “Las literaturas hispanoamericanas no entroncan con la literatura colonial”<sup>10</sup>. Pero, curiosamente, la literatura cubana del siglo XIX, que él no omite, es “colonial”. Es cierto que la mayor proximidad permite una mejor aplicación del sistema generacional y que las generaciones literarias pueden defenderse más claramente a partir de 1800, pero —repito— las razones aducidas por el crítico me parecen poco convincentes y, en ocasiones, contradictorias

<sup>9</sup> ROBERT BAZIN, *Historia de la literatura americana en lengua española*, Buenos Aires, 1958, traducción de Josefina A. de Vázquez, edición, noticia preliminar y notas de Raúl A. Castagnino.

<sup>10</sup> No entiendo bien lo que dice después: “Fueron redescubiertas [¿las letras coloniales?] poco a poco y los jalones de esta ruta son las obras de los eruditos de la época llamada “romántica”, Ricardo Palma, García Icazbal-

ceta, Toribio Medina, etc. . . .” (Id., págs. 25-26).

Estoy, sí, de acuerdo con las líneas finales:

“ . . . a la contribución cultural de la Colonia algún día vendrá a agregarse forzosamente la del mundo precolombino . . . ” (pág. 26).

Ya se está, hace tiempo, en ese camino.

Por supuesto, este ejemplo es una excepción, y no lo corriente, lo normal, en el ya abundante número de historia de la literatura hispanoamericana<sup>11</sup>. Esto último me parece lo más adecuado, y al hacer esta afirmación no tengo en cuenta para nada el mayor o menor valor que se atribuya a la literatura colonial, ni la mayor o menor simpatía que hoy nos pueda inspirar la denominación de "colonial". En fin, reconozco que las letras anteriores al siglo XIX no son, en general, bien conocidas. En parte, porque faltan textos accesibles, en parte porque lo que prevalece en las historias de la literatura es la mención de datos de segunda mano. Pero esto no justifica tampoco la partición de Bazin.

Yo creo que debemos defender la continuidad por una simple razón de integración, integración que ha permitido también, últimamente, tener en cuenta las literaturas indígenas dentro del no muy abundante material que ha llegado hasta nosotros. Agreguemos, de manera paralela, formas literarias de influencia hispanoindígena, cuando este proceso fue posible.

Recordemos que en el siglo XVIII, es decir, dentro aún de la Colonia, que el mexicano Juan José de Eguiara y Eguren señalaba dos etapas en las letras hispanoamericanas: una, anterior a la Conquista, y otra, desde la penetración española<sup>12</sup>. Posteriormente —en rigor, desde que comenzaron a elaborarse historias de las literaturas hispanoamericanas— tal procedimiento apenas si se ha tenido en cuenta. Hasta que hace poco ha comenzado a volverse, cautamente, a él<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> Puede servir de ejemplo —por razones de calidad— la básica obra de PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Literary Currents in Hispanic America* (Cambridge, Mass., 1945. Hay traducción española: 1ª ed., México, 1949). Y, en fin, muchas otras que pueden citarse: Alfred Coester, Isaac J. Barrera, Luis Alberto Sánchez, E. Herman Hespelt, Julio A. Leguizamón, etc.

Además, no se reduce ya el proceso a la historia más o menos lineal o cronológica. En los últimos años, en consonancia con el crédito que ha ganado la periodización por generaciones, se ha llevado también hasta la época colonial esa periodización. Ver, como ejemplo: ENRIQUE ANDERSON IMBERT, *Historia de la literatura hispanoamericana* (2ª edición, México, 1957. Hay ya una tercera, de aparición reciente);

JOSÉ ANTONIO PORTUONDO, *La historia y las generaciones* (Santiago de Cuba, 1958); JOSÉ JUAN ARROM, *Esquema de las letras hispanoamericanas* (en *The-saurus*, de Bogotá, 1961, xvi, N.ºs 1 y 2).

En fin, dentro de otro tipo de obra, podemos recordar aquí sensatas palabras de AGUSTÍN YÁÑEZ, en su obra *El contenido social de la literatura Iberoamericana* (México, s. a., págs. 23-24).

<sup>12</sup> JUAN JOSÉ DE EGUIARA Y EGUREN, *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*, traducción de Agustín Millares Carlo, México, 1944.

<sup>13</sup> Del siglo XVIII, es decir, del mismo siglo que Eguiara y Eguren, es también el interesante testimonio del jesuita Clavijero, que anuncia ya otra época y otra intención:

No debe, pues, haber temor en agregar este precedente. Aún más, creo que de esta manera, elementos literarios indígenas, fidedignos, son imprescindibles para conocer mejor el proceso de muchas regiones de América (México, Guatemala, Perú, Bolivia)<sup>14</sup>. Lo importante es que no se olvide (y esto, desgraciadamente, se olvida a menudo) que la historia de la literatura no tiene que ser un paredón de nichos.

No se me escapa que los restos de las literaturas indígenas anteriores a la Conquista constituyen una proporción ínfima en relación a lo mucho que se ha conservado de las letras coloniales. Y, por supuesto, conviene no olvidar que la literatura hispanoamericana desde la época del "Descubrimiento" hasta nuestros días es, esencialmente, literatura escrita en lengua española.

Un mediano conocimiento de las letras coloniales nos muestra que hay en ellas muchos elementos válidos. Algunos, en virtud de fundamentales razones estéticas (¿Cómo negarlos?) y otros, por razones más complejas. Con frecuencia —no siempre— una obra escrita en América en los siglos xvii o xviii, obra a veces de un español transplantado, nos da ya variantes, diferencias, como reflejos de un ambiente distinto.

Es cierto que, salvo contadas excepciones, no se da en obras coloniales la sensación del paisaje americano (ver, sin embargo, Balboa, Miramontes Zuázola, Peralta Barnuevo . . .). Pero ¿cómo exigir lo que va a darse con nitidez, y tanto en Europa como en América, con el Romanticismo? Con todo, vemos, algo hay, por encima de tendencias artísticas que sólo tenían ojos para una naturaleza calcada de los libros clásicos.

Aparte, es corriente encontrar también en obras coloniales el elemento humano del Nuevo Mundo, cosas y casos de América, esa nueva sociedad que sólo en parte era proyección de la sociedad española. El indio, el mestizo, el negro, contribuían notoriamente a los cambios y novedades. Eso sí, no se trata de afirmar que el español que pasaba a América era ya, por el hecho del traslado, un hombre

"El estado de cultura en que los españoles hallaron a los mexicanos excede en gran manera al de los mismos españoles cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos, los galos, los germanos y los bretones . . ." (CLAVIJE-RO, *Historia antigua de México*,

libro 1, trad. de J. Joaquín de Mora, I, México, 1944, pág. 44).

<sup>14</sup> Es justo reparar en que no sólo en América se está trabajando con tal intención. Ver, ahora, el reciente libro de JOSÉ ALCINA FRANCH, *Florista literaria de la América Indígena*, Madrid, 1957.

diferente al que había vivido en Europa. Verdad que no. Españoles hubo que no variaron aquí absolutamente nada, pero muchos hubo que cambiaron en consonancia con nuevas tierras, climas y contactos humanos. Defender —como hacen algunos— una transformación radical del español por el solo hecho de pasar a América, es dar soluciones mágicas a lo que realmente no las acepta.

Considerando ahora el carácter de los géneros en boga, los mejores frutos de las letras coloniales están, en conjunto, dentro de la lírica, en especial a través de la larga vigencia del barroquismo (Sor Juana, Domínguez Camargo, Aguirre). Se cultivó la poesía épica, pero con un ritmo más desigual. A obras valiosas del siglo xvi y comienzos del xvii, sucede un largo período de pobreza u olvido. Con difícil logro —excepción de Alarcón— el teatro, en virtud de la exigencia de las representaciones. Fueron las propias obras de Calderón y sus discípulos o seguidores las que mayormente se representaron. Hubo, sin embargo, dramaturgos americanos, que siguieron por lo común los pasos de Lope y Calderón, sobre todo este último (Sor Juana, Peralta Barnuevo).

Es sabido que durante la época colonial no se escribieron novelas en América. Mejor dicho, hay algunas obras de carácter novelesco (los *Infortunios de Alonso Ramírez*, de Sigüenza y Góngora; *El cautiverio feliz*, de Núñez de Pineda y Bascuñán, por ejemplo), pero no realmente novelas. Y esta ausencia no puede explicarse sólo por disposiciones de las Leyes Indias, que —es fácil mostrarlo— se cumplían y no se cumplían (las pruebas al respecto son abrumadoras).

En fin, no olvidemos una abundante serie de crónicas escritas en América (crónicas y sabrosos comentarios de viajes), dentro de las cuales hay algunas que superan el sino corriente de lo circunstancial que caracteriza a tantas crónicas coloniales. (Inca Garcilaso, Concolorcorvo).

Estos géneros penetran, dentro de una visible continuidad, en el siglo xix, particularmente la lírica y el drama, la poesía satírica y la crónica. De la misma manera que penetran temas más recientes, que surgían del siglo xviii y se relacionaban con las ideas políticas que entonces cobraban vida en Europa. En fin, hasta se dan casos curiosos como el de la lírica, que, habiendo alcanzado indudable brillo antes, decae a fines del siglo xviii.

Partiendo de una literatura “independiente”, a comienzos del siglo xix, como literatura sin ningún contacto con la precedente, se cortan materiales imprescindibles en la constitución y captación de un proceso. Si se tiene en cuenta exclusivamente el factor político y datos

cronológicos ¿es más “americano” Juan Cruz Varela que Lavardén? ¿Son más americanos los que cantan los triunfos de la armas patriotas (por lo común a través de modelos típicamente españoles) que los que a fines del siglo XVIII preparaban el camino para lograr la independencia? Y en lo que a determinados países se refiere ¿son menos americanos Heredia y Martí que Palma y Montalvo? . . . Las preguntas pueden multiplicarse. Aparte de que el hecho literario —claro está— no conviene reducirlo a la comprobación de un americanismo más o meno externo, a datos y nombres (Cuba y Puerto Rico a un lado) anteriores o posteriores a 1800.

Llegamos, así, al fenómeno paradójico de que las historias político-sociales referidas a Hispanoamérica no se plantean mayormente la necesidad de suprimir períodos: arrancan con la historia de los pueblos indígenas (historia de la cultura, en rigor), siguen con la Conquista, etc. En lo que se refiere a la Colonia, era, después de todo, u a organización impuesta por una metrópoli que estaba en Europa. Sin embargo, no se discute la continuidad, la relación indudable de las diferentes etapas o épocas.

En cambio, sí se discute (lo vemos) en el proceso literario, paralelo, donde el modelo o la expansión de España es también indudable, pero que deja margen —mayor margen, por tratarse de un fenómeno espiritual— a una expresión diferente a aquella que viene de la metrópoli. Un ejemplo ilustrativo. Los versificadores hispanoamericanos del siglo XVII eran en su mayor parte gongoristas, sea por el prestigio de Góngora y su poesía, sea por moda, sea, en fin, por debilidad propia (y no por imposición ajena). Lo importante no es lamentarnos de ese carácter (como hicieron tantos críticos) sino buscar, entre tantos ecos de Góngora, los que son algo más que repetidores o simples imitadores. Y, la verdad, que los encontramos: Sor Juana, Domínguez Camargo, el P. Aguirre, el Conde de la Granja. Aparte, Espinosa Medrano (“El Lunarejo”).

### *América y España.*

Acostumbrémonos a ver, mejor, a principios del siglo XIX, la separación de dos grandes etapas en las letras de Hispanoamérica. Hacia atrás, las letras coloniales; hacia adelante, la literatura de los países independientes. La división se marca, sobre todo, por un trascendental hecho político (la independencia de la mayor parte de las colonias españolas), y ese hecho político repercute, pero no de inmediato o en forma radical, en un cambio de estructuras y formas literarias.

Acostumbrémonos a ver, en la sucesión de generaciones, una generación que hacia 1800 irrumpe y logra un cambio notorio. De ahí que esa generación agregue, al especial carácter de generación innovadora, un carácter político inaugural de importancia indiscutible. Pero de ninguna manera se trata de algo que nace de la nada, que surge de un punto cero y se proyecta con violencia hacia adelante.

Hay múltiples hilos que vienen de atrás y que después persisten. Si otros movimientos nacidos en regiones de mayor tradición cultural no pudieron romper tales vínculos, es evidente que, con mayor razón, pudieron tener vigencia en regiones como las nuestras, que no ostentaban tales trofeos.

¿Cuál es el verdadero sentido de la literatura colonial en relación a España y América?

Yo creo que, sin pretender hacer de estos conceptos de periodización factores de vida o muerte, el conocimiento de la realidad literaria fuera de tesis a priori nos muestra que la literatura colonial es bien común de España y de América. De España, porque lo que se escribe en este continente es, de manera casi absoluta, prolongación suya. Aquí repercutieron de inmediato corrientes y estilos españoles, aquí encontraron eco y se reprodujeron, con mayor o menor sincronismo, las mismas épocas artísticas, aquí se consideraron como propias las obras de los ingenios de la península . . . Y aquellos que vinieron en persona a estas tierras encontraron aquí igual o mayor acogida que la que habían encontrado en España.

De América, porque, más allá de la dependencia política, había en el continente muchas raíces que no pueden desconocerse si queremos explicar el proceso de las letras hispanoamericanas posteriores. Era una nueva sociedad, un nuevo ambiente, y la literatura no siempre puede cerrar los ojos a lo inmediato y cercano.

Hay raíces a flor de tierra y raíces profundas, pero lo correcto está en no negar lo evidente. Sostener lo contrario es sostener la idea de la generación espontánea, o la de los cortes geométricos que tanto abundan en los manuales. Esto podrá satisfacer un amor propio de ciego nacionalismo, pero no responde a la realidad de los testimonios.

Hace años, al comentar Américo Castro el desigual libro de Ludwig Pfandl sobre la *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, le reprochaba al autor la afirmación de que obras como los *Comentarios Reales*, del Inca Garcilaso, y el *Arauco Domado*, de Pedro de Oña, pertenecían a la literatura hispanoamericana (también omitía Pfandl los llamados "Cronistas de Indias"). Y señalaba Américo Castro:

“En el siglo xvi, el Perú (que España modelaba para la civilización europea) era tan España como cualquiera de sus provincias”<sup>15</sup>.

in olvidar la particular perspectiva en que Américo Castro se coloca, no podemos negarle su parte de razón, aunque no nos satisface la rotundidad con que alega la propiedad de España. Me parece más exacto reconocer —tomemos las mismas obras— que los *Comentarios Reales* pertenecen tanto a España como a América, pertenecen tanto a la literatura española como a la literatura hispanoamericana.

Así, pues, la propia materia, como corresponde, nos muestra un período que corresponde encarar en esa doble perspectiva o pertenencia. Desde el punto de vista de España, como expansión; desde el punto de vista de América, como raíz y como derecho de la actual propiedad.

Concluyo. Creo que en estos problemas han intervenido factores que suelen perturbar una visión clara del fenómeno. Por un lado, y en primer término, la escasa simpatía que aún hoy despierta una denominación como “Literatura colonial”. Lo curioso es que, en la época de mayor oposición a España (es decir, cercana todavía la dependencia política, como ocurre en la primera mitad del siglo xix) la negación de lo colonial se hacía casi siempre apoyada en razones políticas, no culturales o literarias.

En nuestros días, el enfoque se ha hecho a menudo con mayores prejuicios y, comparativamente, con menos justificación, ya que no existe el cariz político inmediato que explica, por reacción, actitudes de los hombres del pasado siglo. No se trata hoy, por otra parte, de lavar un concepto como el que indica la palabra “colonial” o de sustituirlo (como ha pretendido cierto hispanismo) por otro menos desprestigiado. Más satisfactorio me parece el intento de compulsar el significado y valor de la colonización española, en lo que fue, en lo que dejó de perdurable, que el deseo de construir leyendas doradas a todo trance.

Por otro lado, aunque no esté aquí en discusión el problema, he procurado remarcar que mejor que de literatura independiente es hablar de “literatura de la época independiente”. El por qué es bien evidente: la independencia política —repetamos una vez más— no significa independencia cultural. En muchos aspectos, el nuevo estado se

<sup>15</sup> Américo Castro, reseña del libro de L. PFANDL, *Historia de la literatura nacional española en la Edad de*

*Oro* (en la *Revista de Filología Española*, de Madrid, 1934, xxi, pág. 69).

manifiesta en un cambio de tutela (Francia), o, más exactamente, en un reparto de tutela que amplía lo que antes pertenecía en exclusividad a España. La diferencia esencial está en que el modelo no tiene ahora el "carácter oficial" que, aun con margen de libertades, tenía en la época colonial.

Este margen de libertad, esta opción no impuesta que, naturalmente, no borra lo español (en algunas regiones, siguió ocupando el lugar de primer modelo) es, claro está, trofeo de conquista. Agreguemos atisbos y logros (por supuesto, más atisbos que logros) en un trabajoso camino hacia la madurez, camino en el que estamos. Comparativamente, lo recorrido es satisfactorio, teniendo en cuenta posibilidades y tiempo (por encima de desfallecimientos o pasos en el vacío). Y siempre que los signos positivos sirvan de acicate para un relieve universal, no alcanzado todavía.

## 4

*Americanismo literario*

## I

Estableciendo una distinción válida como punto de arranque, conviene decir que una cosa es la declaración del americanismo literario, declaración sostenida en manifiestos y programas, y otra, el reconocimiento que podemos hacer de ese americanismo a través de los textos.

Esta distinción elemental nos permite señalar que en la época colonial pueden, sí, rastrearse manifestaciones indirectas de americanismo, pero no declaraciones abiertas y, menos aún, programas elaborados minuciosamente.

La explicación es sencilla: tales pretensiones son contrarias, en principio, con la situación de colonia, estado que es, en mucho, prolongación del mundo español a través del océano. Y el fenómeno literario no escapa a esa fisonomía. En todo caso, repito, el nuevo ámbito y condiciones del hombre permiten nuevas formas que se apartan de lo más típicamente español. En cambio, no permiten mayormente declaraciones que pretendan ya, desde temprano, una independencia cultural. Por otro lado, es evidente que fuera de manifestaciones indigenistas (ahogadas en los siglos coloniales), el proceso muestra, de manera natural, una etapa de aprendizaje y asimilación, antes de pretender, con la ayuda del factor político, la liberación literaria. (Y no in-

teresa aquí si esa “liberación literaria” fue después, en mucho, cambio de tutela).

Lo que encontramos en la época colonial —y hay testimonios en Europa y en España— es la defensa de los americanos. Mejor dicho, de los ingenios americanos o de obras de los españoles avecindados en el Nuevo Mundo. A veces, en relación a ataques o desconocimientos; a veces, como necesidad de puntualizar que no sólo los españoles europeos, sino también los “españoles americanos”, ofrecen frutos intelectuales.

En España, nada menos que Cervantes y Lope de Vega elogian a ingenios que nacieron o vivieron en América. Cervantes, en el *Canto de Caliope* (*La Galatea*, Alcalá, 1585, libro vi), y Lope de Vega, en diversas ocasiones, pero, sobre todo, en *El laurel de Apolo* (Madrid, 1630). Claro que ni Cervantes ni Lope pueden citarse como ejemplos de rigor en los juicios críticos.

De la región antártica podría  
eternizar ingenios soberanos,  
que si riquezas hoy ostenta y cría,  
también entendimientos sobrehumanos . . .

(Cervantes, *Canto de Caliope*)

Las Indias, en ingenios mundo nuevo,  
que en ellas puso más cuidado Febo  
que en el oro que cría . . .

(Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, silva II)<sup>1</sup>.

Y, para mostrar, en otra faz, el testimonio de un español avecindado en América, no cabe duda de que el nombre que acude con mayor presteza hacia nosotros es el de Balbuena. Este, es cierto, se restringe intencionadamente a México (claro: México de comienzos del siglo xvii):

De amor el centro, de las musas coro,  
de honor el reino, de virtud la esfera,  
de honrados patria, de avarientos oro . . .<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Cf., también en LOPE, *La Dorotea*: [Celia, aparte]. “Siempre oí decir que los indios hablan mucho, si bien bueno, porque aquel clima produce raros y sutiles ingenios . . .” (*La Dorotea*, acto II, escena v).

En esta curiosa cita de *La Dorotea*, por otra parte, hasta puede hallarse un lejano precedente a la caracterización del tropicalismo que muchos atribuyeron después a los hispanoamericanos.

<sup>2</sup> BERNARDO DE BALBUENA, la *Gran-*

En el siglo XVIII, con más amplia trayectoria, tenemos en España el caso de Feijóo (por otra parte, tan citado) que, en dos de sus ensayos, *Mapa intelectual y cotejo de naciones* y *Españoles americanos*, defiende entusiastamente a los criollos, procura combatir prejuicios y elogia a Sor Juana Inés de la Cruz y Peralta Barnuevo<sup>3</sup>.

De nuevo aquí nos interesa, dentro de esa mayor perspectiva, el testimonio de los propios americanos o de españoles avocados, puesto que en ellos suele darse también un sentido de defensa ante agravios o desconocimientos. Tal el caso del propio Peralta Barnuevo, elogiado por Feijóo:

“Y del modo que aquella gran region, intruida al mismo tiempo que ocupada, produjo a Roma los Sénecas y los Quintilianos, en una y otra clase, no hay duda que la América ha dado a España, y a sí misma, grandes varones que la han ilustrado y que cada día la ilustran caminando por aquellas dos grandes calles de la gloria que han formado a un nivel armas y letras . . .”  
(Peralta Barnuevo, *Historia de España vindicada*)<sup>4</sup>.

Tal el caso de Juan José de Eguiara y Eguren, que responde desde México, a mediados del siglo XVIII, al Dean de Alicante, Manuel Martí, que se había referido despectivamente a los americanos en unas *Cartas latinas*. Con tal motivo, Eguiara y Eguren trazó en la *Biblioteca mexicana* (México, 1755) un copioso índice de autores y obras escritas

*deza mexicana* (México, 1604). Ver ed. de México, 1941, pág. 32. Cf., también:

. . . raros poetas, que en el cielo  
[rayan  
tras el dios de la luz vivos con-  
[cetos,  
que todo lo penetran y atalayan,

tantos, que a no agraviar tantos  
[discretos,  
volaran hoy aquí otras tantas plu-  
[mas,  
como pinceles señalé perfetos . . .  
Id., pág. 133).

“Si de algún poema hubiéramos de hacer datar el nacimiento de la poesía

americana propiamente dicha, en éste nos fijáramos, más bien que en el *Arauco domado*, de PEDRO DE OÑA, aunque éste fuera chileno y Balbuena español . . .” (MEJÉNDEZ Y PELAYO, *Antología de poetas hispanoamericanos*, I, ed. de Madrid, 1927, págs. LII-LIII).

<sup>3</sup> Cf., FEIJÓO, *Españoles americanos y otros ensayos*, ed. de Buenos Aires, 1940, págs. 9-25. Ver, también, AGUSTÍN MILLARES CARLO, *Feijóo en América* (en *Cuadernos Americanos*, de México, 1944, xv, Nº 3, págs. 139-160).

<sup>4</sup> PEDRO DE PERALTA BARNUEVO, *Historia de España vindicada*, Lima, 1730, Prólogo.

en esa región. Manifestación de calor patriótico, con amor propio mexicano, aunque —no sin cierta paradoja— redactada en latín<sup>5</sup>.

En realidad, a lo largo del siglo XVIII se conforma una nutrida bibliografía que nace en Europa y que achaca a los americanos incapacidad o limitación, como consecuencia, particularmente, del clima de estas tierras (Feijóo había ya reaccionado contra la idea de que el juicio de los americanos era más precoz, pero también de pérdida prematura). En este sentido, y como defensas hechas aquí, bueno será citar dos testimonios: uno del norte y otro del sur.

El del norte, es del jesuita Francisco Javier Clavijero (1731-1787), uno de los jesuitas expulsados por Carlos III, que defiende a los americanos y, en especial, a los mexicanos (“los propiamente americanos, que son los más injuriados y los más indefensos”)<sup>6</sup>. Lo que está de acuerdo con su intención de escribir una historia de México, “escrita

<sup>5</sup> JUAN JOSÉ DE EGUIARA Y EGUREN, *Biblioteca Mexicana, sive eruditorum historia virorum qui in America Boreali nati el alibi geniti, in ipsam domicilio aut studiis adsciti, quevis lingua scripto aliquid tradiderunt...* (México, 1755). Ver, ahora, J. J. DE EGUIARA Y EGUREN, *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*, traducción de Agustín Millares Carlo, México, 1944.

<sup>6</sup> FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO, *Historia antigua de México* (Esta historia fue escrita originariamente en español, pero fue publicada por primera vez en italiano, 1780-1781). La primera edición española es la de Londres, 1826, traducida por J. J. de Mora. Ver, ahora, ed. de México, 1944 (2 tomos).

Cf., también:

“He nacido de padres españoles y no he tenido la menor afinidad ni consanguinidad con indios, ni espero el menor galardón de su miseria. Así que, sólo por amor de la verdad y el celo en favor de la especie humana, me hacen abandonar la causa propia [la de los criollos] y abrazar la ajena con menos peligro de errar...” (CLAVIJERO, *Historia de la Antigua o*

*Baja California*. Cit. por JULIO LE RIVEREND BRUSONE, en el prefacio a la *Historia Antigua de México*, I, ed. México, 1944, pág. 11).

Otro jesuita (éste, español), Javier Lampillas, también del grupo de los expulsados, escribió una circunstancial apología de la obra de España en América y de los escritores nacidos en el Nuevo Mundo. Aclaro que Lampillas no estuvo en América.

“...que nos muestren las demás naciones las bibliotecas de sus escritores americanos, como mostraremos nosotros las de los americanos españoles llenas de ingenios sublimes y amenísimos. ¿Y qué nación sino la española pudo conseguir que las musas cruzasen el Océano haciendo que aquellas montañas, antes bárbaras, compitiesen con el Parnaso europeo? (JAVIER DE LAMPILLAS, *Ensayo histórico apologético de la literatura española contra la opinión preocupada de algunos escritores modernos italianos*, traducción española de Josefa Amer y Borbón, III, Madrid, 1783, págs. 208-209).

por un mexicano”, antes de que exista —realmente— la nación mexicana.

El segundo testimonio, vale decir, el del sur, tiene un carácter más pintoresco, pero no por ello menos valioso. Corresponde al *Lazarillo de ciegos caminantes*, de Concolorcorvo, que hoy ha dejado de ser enigmático, para permitir reconocer la definida paternidad del español Alonso Carrió de la Vandra. En *El Lazarillo*, hacia el final del libro, encontramos párrafos como éste:

“Protesto a Ud., señor Inca, que ha cerca de cuarenta años que estoy observando en ambas Américas las particularidades de los ingenios de los criollos y no encuentro diferencia, comparados en general con los de la Península”<sup>7</sup>.

Llegamos, así, a los primeros años del siglo XIX, es decir, a las épocas de las Revoluciones de Independencia. Allí, en vísperas o a punto de enfilarse para otras direcciones, aparece, como una prolongación de obras coloniales a la manera de la de Eguiara y Eguren, el aporte bibliográfico de José Mariano Beristain de Souza, cuyo detallado título es todo un compendio de su contenido: *Bibliotheca Hispano Americana Septentrional o Catálogo y noticias de los literatos que o nacidos o educados o florecientes en la América Septentrional Española, han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa* (3 vols., México, 1816-1821).

En fin, lo que vemos a lo largo de tres siglos coloniales es lo previsible. Resonancias amplias, comunes y nada peligrosas, que hablan de un orgullo de afirmación y de ansias de fijar manifestaciones artísticas desconocidas o negadas por europeos. No interesa aquí que el ardor de la defensa llevara a menudo a exagerar virtudes. En todo caso, era el explicable abultamiento ante el extremo opuesto: la tacha negativa que venía del otro lado del océano.

Naturalmente, era esto lo que la época podía dar. No, doctrinas nacionalistas, ni ensayos ambiciosos reafirmadores de la individualidad continental. Sí, hilos más o menos sutiles, perceptibles desde los tiempos de la Conquista, que hablan ya de una expresión americana. Y, sobre todo, el deseo de mostrar que también estas tierras, visitadas por las musas, eran aptas para dar nacimiento a escritores de valor.

José Enrique Rodó, que estudió casi siempre con perspicacia el proceso cultural americano, vio bien cuando destacaba, en su recor-

<sup>7</sup> CONCOLORCORVO, *El Lazarillo de ciegos caminantes*, ed. de Buenos Aires, 1942, págs. 394-395.

dado ensayo sobre *Juan María Gutiérrez y su época*, que las tentativas del americanismo literario (como formas de reivindicación de una autonomía intelectual) nacen, en rigor, con el romanticismo. Sin embargo, me parece menos certera su afirmación cuando llega a decir, rotundamente, que “sería [vano] buscar en el espíritu ni en la forma de la literatura anterior a la emancipación una huella de originalidad americana”<sup>8</sup>.

Con otras palabras: lo que sin duda conviene distinguir en los siglos coloniales es, por un lado, la presencia de una doctrina (amplia y con raíces en la época) que, por supuesto, no se da; y, por otro, un americanismo oculto o fragmentario (por supuesto, no declarado ni ensalzado). Y este último es, por lo menos, defendible.

## 5

*Americanismo literario*

## II

Es natural que el verdadero planteo teórico del americanismo literario nazca como una consecuencia de los nacientes países hispano-americanos. Y es más natural aún que fueran los románticos los que desarrollaran con mayor frecuencia este atractivo tema, por lo común ligado a obras que querían ser aplicación de aquellos principios.

Era la derivación de la independencia política que buscaba los más sutiles y complejos hilos de la independencia intelectual y se afanaba por encontrar la “expresión de América”. Por otra parte, no cabe duda de que ideas e ideales del romanticismo europeo (recordemos, especialmente, un difuso herderismo y aun temas de ese romanticismo) daban puntos de arranque valederos. Puntos de arranque, nada más, ya que la búsqueda del “americanismo” pasa a ser meta desligada del eco de obras europeas. Razón de propiedad y, también, de urgencia.

Lo que más debe importar es la abundancia de planteos. No tanto, la variedad, que realmente apenas existe, si bien pueden marcarse grupos.

Una vez más, como en muchos otros aspectos de la cultura hispanoamericana, a manera de precursor o, mejor, de heraldo, aparece aquí la figura de Andrés Bello. La *Alocución a la poesía* (1823), es decir, la primera de sus *Silvas americanas*, es la profesión de fe americanista del poeta. Allí pide a la Poesía que deje la “culta Europa” y se

<sup>8</sup> Cf. J. E. Robó, *Juan María Gutiérrez y su época* (en *El mirador de Próspero*, II, ed. de Madrid, 1920, pág. 164).

dirija al mundo de Colón. En América promete Bello a la musa la vistiosidad de su cielo, sus climas variados, su paisaje primitivo, rico y multiforme...<sup>1</sup>. Poema que se continúa y ejemplifica en *La agricultura de la zona tórrida* (1826), verdadero "elogio" de la vida en el campo (campo americano) y canto de paz después de las luchas de emancipación.

En Bello hay, pues, un programa que él no alcanzó a realizar sino someramente y que realizaron más dilatadamente los románticos<sup>2</sup>.

La importancia de las *Silvas* de Bello y su claro valor inaugural no impide reconocer, por aquellos años, anteriores a 1830, otros testimonios, menos detallados, pero no despreciables. Recuerdo, así, párrafos de José Cecilio del Valle, Domingo Delmonte y Juan Cruz Varela. De José Cecilio del Valle:

"Cuando no era libre, mi alma, nacida para serlo, buscaba ciencias que la distrajesen, lecturas que la alegrasen. Vagaba por las plantas, estudiaba esqueletos, medía triángulos o se entretenía en fósiles.

La América será, desde hoy, mi ocupación exclusiva. América de día cuando escriba, América de noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es la América..."<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Divina poesía,  
tú, de la soledad habitadora,  
a consultar tus cantos enseñada  
con el silencio de la selva umbría;  
tú a quien la verde gruta fue mo-  
[rada  
y el eco de los montes compañía:  
tiempo es que dejes ya la culta  
[Europa,  
que tu nativa rusticidad desama,  
y dirijas el vuelo adonde te abre  
el mundo de Colón su grande  
[escena..

(BELLO, *Alocución a la Poesía...*,  
en la *Biblioteca Americana*, de  
Londres, 1823, 1).

*La agricultura de la zona tórrida* se publicó en *El Repertorio Americano*, de Londres, 1826, 1.

<sup>2</sup> Una acotación, al pasar. A fines del siglo anterior, el jesuita Lampillas había afirmado que, de todas las naciones modernas, únicamente España

había logrado que "las musas cruzasen el Océano" (Ver JAVIER LAMPILLAS, *Ensayo histórico apologético de la literatura española contra la opinión preocupada de algunos escritores modernos italianos*, trad. de Josefa Amer y Borbón, III, Madrid, 1783, pág. 209).

<sup>3</sup> JOSÉ CECILIO DEL VALLE, *Soñaba el Abad de San Pedro y yo también sé soñar* [1822], en Secretaría de Educación Pública, *Valle*, México, 1943, pág. 13.

Según José Luis Martínez, es ésta la primera declaración, anterior a la de Bello, aunque sin ninguna repercusión (ver J. L. MARTÍNEZ, *La emancipación literaria en Hispanoamérica*, II, en *Cuadernos Americanos*, de México, 1950, IX, N<sup>o</sup> 6, pág. 193). Agreguemos la brevedad y el carácter vago de los párrafos, todo lo cual explica su falta de eco.

En una carta de Domingo Delmonte a Heredia (fecha el 14 de octubre de 1826), aparece también un intento de americanismo, un poco más detallado en su brevedad. Delmonte recomienda a su amigo que no traduzca más a escritores franceses e italianos, que se dedique al teatro y que busque inspiración en Tenoxtitlán, Tlascalala y el Perú. Y, agrega: "Forma tú la tragedia americana, que tu ingenio la produzca, cándida como sus vírgenes, libre como sus repúblicas, y terrible y brillante cual Simón y Guadalupe . . ." <sup>4</sup>.

En 1828, Juan Cruz Varela establecía ya relaciones entre la poesía descriptiva y la naturaleza americana, párrafos que posteriormente Juan María Gutiérrez iba a citar entusiasmado:

"La poesía descriptiva no ha dado aún un solo paso entre nosotros, a pesar de que el suelo de la América parece que convida a los poetas a desplegar su genio en esta clase de composiciones . . ." [etc.] <sup>5</sup>.

Penetremos ahora en un terreno más transitado. Con el fin de ordenar diferente testimonio, me parece oportuno tener en cuenta la nutrida bibliografía que el americanismo ha determinado hasta nuestros días. Sobre todo, considerando con los nombres de paisajismo, indigenismo e hispanismo, tres direcciones fundamentales que agrupan hoy numerosos trabajos.

Sobre esta base, y volviendo hacia atrás, encontramos que el americanismo literario que prevalece, de manera casi absoluta entre los románticos es el americanismo de tipo paisajista (e histórico). En cambio, es todavía prematuro hablar de indigenismo (aunque abundan las novelas indianistas). El indio aparece —literariamente— defendido, idealizado, pero no exactamente como ideal de vida o cultura. Por último, la cercanía de las luchas de liberación y el antiespañolismo político no eran los más indicados para sentar un americanismo hispanista.

Así, pues, queda claro que la dirección pronunciada en el americanismo de los románticos es la paisajista, con contactos o ramificaciones histórico-sociales. La diferencia que suele presentarse reside en la dimensión abarcadora: unos hablan de "literatura nacional"; otros, de

<sup>4</sup> Cit. por SALVADOR BUENO, *Las ideas literarias de Domingo Delmonte*. La Habana, 1954, pág. 11.

<sup>5</sup> En *El tiempo*, de Buenos Aires, N<sup>o</sup> 68, de 23 de julio de 1828. Ver JUAN

MARÍA GUTIÉRREZ, *Las descripciones de la naturaleza de la América española* (recogido en *Críticas y narraciones*, Buenos Aires, 1928, págs. 56-57).

“literatura americana”. Con todo, hay coincidencia en lo esencial, puesto que los que se refieren a la “literatura nacional” están pensando, en realidad, en la literatura del continente, o, mejor, de Hispanoamérica.

Veamos ejemplos. En primer término, no es casual el tributo rioplatense, ya que no es sino una consecuencia de las proporciones que aquí adquieren los planteos críticos sobre el romanticismo, sin equivalentes en otras regiones.

“La poesía entre nosotros —escribió Echeverría— aún no ha llegado a adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad, y que hoy goza entre las cultas naciones europeas: preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea, a la vez, el cuadro vivo de nuestras costumbres y la expresión más elevada de las ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca . . .” (Prólogo a *Los consuelos*)<sup>6</sup>.

“Si hemos de tener una literatura —escribió Juan María Gutiérrez—, hagamos que sea *nacional*; que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza, así como nuestros lagos y anchos ríos sólo reflejan en sus aguas las estrellas de nuestro hemisferio . . .” (*Fisonomía del saber español*)<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Ver ECHEVERRÍA, *Obras completas*, III, Buenos Aires, 1871, pág. 12.

Cf., también:

“La poesía nacional es la expresión animada, el vivo reflejo de los hechos heroicos, de las costumbres, del espíritu, de lo que constituye la vida moral, misteriosa, interior y exterior de un pueblo” (ECHEVERRÍA, *Sobre el arte de la poesía*, en *Obras completas*, v, Buenos Aires, 1874, pág. 125).

“No tocaremos la cuerda heroica ni invocaremos gloriosos recuer-

dos de la Patria, porque nos está vedado por ahora hablar dignamente al entusiasmo nacional; pero en la viva e inagotable fuente de la poesía, en el corazón, buscaremos inspiraciones, colores en nuestro suelo, y en nuestra vida social asuntos interesantes” (ECHEVERRÍA, *Proyectos y prospecto de una colección de Canciones Nacionales*, en *Obras completas*, v, págs. 131-132).

<sup>7</sup> Ver *Documentos relacionados con el “Dogma socialista”*, en ECHEVERRÍA,

De manera más vaga —y petulante—, Miguel Cané, en un artículo de *El Iniciador*, de Montevideo, afirmaba que la literatura, en los tiempos del romanticismo, “será *el retrato de la individualidad nacional* . . .”. Y agregaba: “Pensamos que las Repúblicas Americanas, hijas del sable y del movimiento progresivo de la inteligencia democrática del mundo, necesitan una literatura fuerte y varonil, como la política que los gobiernos y los brazos que las sostienen . . .”<sup>8</sup>.

En Chile, Lastarria, en su discurso de la Sociedad Literaria —de 1842— aplicaba, particularmente, el aspecto social. Mejor dicho: aplicaba a la realidad chilena el pensamiento de que la literatura era la *expresión de la sociedad* (tomado de Larra, aunque no original de éste):

“ . . . la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, con ervando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Es necesario que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas . . .”<sup>9</sup>.

El cubano Zenea, en unos artículos publicados en el periódico *El Almendares*, en 1852, nos da —de manera un tanto vaga y lírica— su idea de nacionalismo literario, ya bastante local:

“ . . . nuestra poesía . . . brota bajo un pedazo de cielo azul que acaso es el más bello de todos . . . ; el susurro misterioso de las hojas de las palmeras le presta un encanto indefinible, y nuestros versos recuerdan la deliciosa miel de nuestras piñas, la pereza que infunde en nosotros el clima ardoroso de las regiones del mediodía o el majestuoso e imponente concierto de nuestros huracanes . . . Nuestra poesía es triste como la de los orientales y se hermana perfectamente con la música de nuestras contradanzas,

*Dogma socialista*, ed. de La Plata, 1940, pág. 258.

Y, como no todo debe verse a través de declaraciones explícitas, conviene recordar el ejemplo indirecto que significó la *América poética*, de JUAN MARÍA GUTIÉRREZ (1ª edición, Valparaíso, 1846), obra que quiso ser, en

mucho, manifestación de los ideales americanistas del crítico.

<sup>8</sup> MIGUEL CANÉ, *Literatura* (en *El Iniciador*, de Montevideo, I, Nº 3, 15 de mayo de 1838).

<sup>9</sup> J. V. LASTARRIA, *Recuerdos literarios*, Santiago de Chile, 1885, pág. 113.

en cuyos acordes tal vez sea yo el único que me engañe encontrando un poema de melancolía . . . ”<sup>10</sup>.

De ese mismo año, es decir de 1852, es el prólogo del uruguayo Alejandro Magariños Cervantes a su obra *Celiar*, “colección de poesías puramente americanas”. En su prólogo, Magariños Cervantes, al mismo tiempo que enumera los temas del libro, propone un programa de literatura americanista:

“El pensamiento que predomina en todas, se reduce a buscar nuestra poesía en sus verdaderas fuentes, es decir, ya en el pasado, ya en el presente, ya en el porvenir de América; ora en las maravillas de nuestra espléndida naturaleza, inerte y animada; ora en las escenas originales de nuestras estancias y desiertos: tan pronto penetrando en el caos de nuestras miserias y extravíos políticos y sociales, como elevándose en alas del genio de la patria, y cantando los días gloriosos de la independencia sudamericana, sus hombres célebres, estadistas, guerreros, poetas, escritores, o simples ciudadanos . . . ”<sup>11</sup>.

Uno de los escritores americanos que tuvo mayor preocupación por el problema fue el ecuatoriano Juan León Mera, crítico y novelista, en particular. De sus afanes, es una prueba un capítulo de su *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana* (1868), que lleva por título la interrogación *¿Es posible dar un carácter nuevo y original a la poesía sudamericana?*

La respuesta de Mera es —claro está— afirmativa, aunque se coloca en una actitud de conciliación o, por lo menos, en un ámbito que prefigura un amplio hispanismo. Por lo tanto, a distancia de muchas páginas del Río de la Plata. Más aún, Mera defiende el americanismo a través de condiciones espirituales que surgen en el Nuevo Mundo:

“La originalidad debe estar en los afectos, en las ideas, en las imágenes, en la parte espiritual de las pinturas, y todo en América abre el campo a esta originalidad. La unidad de la lengua

<sup>10</sup> Cit. por J. M. CHACÓN Y CALVO, *El Almendares* (en la *Revista de la Biblioteca Nacional*, de La Habana, 1956, Segunda serie, VII, Nº 2, pág. 103).

<sup>11</sup> ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES, Introducción a *Celiar*, Madrid, 1852. (Leyenda americana, en variedad de metros. Con un Discurso preliminar de Ventura de la Vega).

y de la forma, la homogeneidad, diremos así, del elemento de que nos servimos para expresar lo que deseamos dar a conocer, nada tiene que ver con la variedad de carácter que podemos imprimir a las obras que escribimos . . . ”<sup>12</sup>.

Párrafo que —a su vez— aparece más claramente expresado en una carta que Mera dirigió a Menéndez y Pelayo:

“He creído siempre que podía sacarse partido de la naturaleza, historia, costumbres y sentimientos americanos para dar originalidad a la poesía de estas regiones apartadas de Europa, sin que fuese necesario renunciar por eso a las formas clásicas que en nada se oponen a la novedad del fondo . . . ”<sup>13</sup>.

Destaco, sobre todo en Mera, la idea de que la lengua común no puede ser un obstáculo a la expresión americana (y aun nacional), idea que ha sido replanteada —con mayor riqueza, naturalmente— por Pedro Henríquez Ureña en sus lucidas indagaciones “en busca de nuestra expresión”.

En México, el ejemplo, por excelencia, es el de Ignacio M. Altamirano, y su prédica de nacionalismo literario culmina en las disputas sostenidas con Pimentel en el Liceo Hidalgo<sup>14</sup>.

El artículo titulado *Resurgimiento literario. Una nueva generación*, nos da con claridad el ideario de Altamirano, aunque ese ideario enfila hacia el nacionalismo paisajista y no ofrece mayores diferencias con los testimonios que hemos visto antes. Sin embargo, hay algunos matices interesantes, particularmente los que señalan avances del “nacionalismo” que él propugna en escritores del sur del continente

<sup>12</sup> J. L. MERA, *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, Quito, 186, págs. 475-476.

<sup>13</sup> Carta de J. L. Mera a Menéndez y Pelayo, fechada en Ambato, 1º de noviembre de 1893 (en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, de Santander, 1951, xxvii, págs. 241-242).

<sup>14</sup> Dice José Luis Martínez:

“A diferencia de lo que aconteció en líneas generales en el resto de Hispanoamérica, en México, por consiguiente, la práctica del nacionalismo literario precedió a las teorías, pues éstas sólo apare-

cieron, en forma orgánica y significativa, a partir de 1868” (J. L. MARTÍNEZ, *La emancipación literaria de Hispanoamérica*, III. *La emancipación literaria en México*, en *Cuadernos Americanos*, de México, 1951, x, Nº 2, pág. 192) y siguientes.

Eso no quita que, mucho antes (en 1844), mencione Martínez las aspiraciones de Luis de la Rosa y José María Lafragua. Ver, también, observaciones de José María Vigil, muy posteriores.

(en especial, argentinos), a quienes propone como modelos. Sin buscar mucha precisión y selección en sus citas, es indudable que Altamirano advertía las ansias de despegue y un sentido más revolucionario en las literaturas del sur, ansias que no veía —de la misma manera— en la literatura mexicana. La significación de Altamirano, el valor de su obra (sobre todo, sus novelas) conceden mayor realce a su profesión de fe mexicanista, que, por otra parte, no se contradice con el espíritu de su obra literaria total.

“¿Acaso en nuestra patria —escribe Altamirano— no hay un campo vastísimo de que pueden sacar provecho el novelista, el historiador y el poeta para sus leyendas, sus estudios y sus epopeyas o sus dramas? . . .

En cuanto a la novela nacional, a la novela mexicana, con su color americano propio, nacerá bella, interesante, maravillosa. Mientras que nos limitemos a imitar la novela francesa, cuya forma es inadaptable a nuestras costumbres y a nuestro modo de ser, no haremos sino pálidas y mezquinas imitaciones, así como no hemos producido más que cantos débiles imitando a los trovadores españoles y a los poetas ingleses y franceses. La poesía y la novela mexicanas deben ser vírgenes, vigorosas, originales, como lo son nuestro suelo, nuestras montañas, nuestra vegetación.

Juan Carlos Gómez, José Mármol, Rivera Indarte, Esteban Echeverría, a quien llaman en Francia el Lamartine del Plata, Arboleda, Pombo, por eso impresionan tanto, cantan en América del Sur su hermosa virgen morena, de ojos de gacela y de cabellera salvaje. No hacen de ella ni una dama española de mantilla, ni una *entretenué* francesa envuelta en encajes de Flandes.

Esos poetas cantan sus Andes, su Plata, su Magdalena, su Apurímac, sus pampas, sus gauchos, sus pichirreyes; transportan a uno bajo la sombra de su ombú, o al pie de las ruinas de sus templos del Sol . . .”[etc.]<sup>15</sup>.

Además, no solamente consideraba Altamirano una literatura nacional, sino que pensaba (dentro de ella y de manera especial) en una novela que fuera, al mismo tiempo, mexicana y popular. Esto se explica porque la novela estaba en el meollo de las reflexiones de Altamirano y aun llegaba a considerar la influencia de las novelas en las

<sup>15</sup> IGNACIO M. ALTAMIRANO, *Resurgimiento literario. Una nueva generación*, en *Aires de México*, México, 1940, págs. 8-12.

costumbres<sup>16</sup>, tema —por lo visto— muy frecuentado por escritores del pasado siglo (cf. Larra, Sarmientos, Hostos).

Las citas precedentes, centradas en la plenitud del pasado siglo, son, pues, sugestivas en cuanto reflejan una tendencia visible, tendencia que entronca con caracteres esenciales del romanticismo, particularmente con el “color local”. Es decir, un “color local” que aquí se rastrea en el paisaje y en rasgos sociales amplios (tipos, costumbres). Menos —aunque se piensa igualmente en ello— en lo puramente histórico.

De todos modos, un nacionalismo literario con ciertas raíces (sin que esto suponga conocimiento directo), en ideas que ya venían del siglo XVIII, especialmente de Herder, pero cuyo fermento, favorecido por condiciones apropiadas, debe buscarse en el siglo XIX, y, sobre todo, en América. Nacionalismo literario, también, que surgía como una consecuencia directa —repito— de la situación política de los nacientes países: la libertad política ya se había alcanzado y se aspiraba, para completarla, a la más compleja libertad espiritual.

## 6

### *Americanismo literario*

## III

De la misma manera que era previsible encontrar entre los románticos abundancia de planteos sobre el americanismo literario, es fácil adivinar que el problema no preocupó mayormente a los modernistas.

¿Razones? Evidentes: los modernistas aspiraron a borrar caracteres nacionales y, particularmente, continentales. Quisieron eliminar localismos y costumbrismos muy apegados a la tierra americana. Buscaron, en cambio, universalidades, y defendieron el “cosmopolitismo”, palabra que gana entonces una dimensión extraordinaria.

Esto es lo visible. Sin embargo, cometeríamos una injusticia (como a menudo se hace) si consideráramos que la discusión del “americanismo” desaparece del todo en la época o que los modernistas lo rehuyen o desconocen.

Basta con dar algunos nombres: José Enrique Rodó, Urbaneja Achelpohl, Rufino Blanco Fombona, José Santos Chocano, Leopoldo

<sup>16</sup> Cf. ALTAMIRANO, *Lo mexicano en la novela* (Id., págs. 18-28).

Lugones, por ejemplo, para mostrar que, sobre todo en lo que se llama comúnmente "Segunda Generación Modernista", vuelve con renovados bríos el planteo del americanismo.

En primer lugar, conviene advertir que el problema aparece de manera algo diferente, porque nuevas estructuras configuran tanto una realidad literaria como una realidad político-social. En este último aspecto, no puede desconocerse el papel preponderante que, en relación a los pueblos hispanoamericanos, toman los Estados Unidos. Y, precisamente, ésta es perspectiva que pesa en las consideraciones y enfoques. Se habla del "americanismo" a secas, pero, más aún, se habla de hispanoamericanismo o de un "americanismo" restringido a lo hispanoamericano, y opuesto a los Estados Unidos (o que no los consideran en absoluto).

Por otro lado, no pueden olvidarse, en la época en que el Modernismo ocupa el primer plano literario (a fines del siglo xix y comienzos del siglo xx), manifestaciones que escapan, por el carácter de sus autores, al movimiento. O que reaccionan contra él. Pero que —repite— existen, y sería injusto no mencionar. Así, las declaraciones del mexicano López Portillo (de 1898) y del paraguayo Manuel Gondra (también de 1898). Así, juicios, restringidos, de Bartolomé Mitre y Calixto Oyuela<sup>1</sup> (y Carlos Romagosa, repite, en lo esencial, palabras

<sup>1</sup> A fines del siglo, si bien toca sólo de manera tangencial nuestro tema, hay un intercambio de opiniones entre Bartolomé Mitre y Calixto Oyuela, cuyo desarrollo es el siguiente:

—1887. Carta de Mitre a Miguel M. Ruiz, con motivo de un curso de literatura argentino-americana (se publicó en *La Nación*, de Buenos Aires, el 21 de enero de 1888).

—1888. Carta de Oyuela a B. Mitre (22 de enero de 1888).

—1897. Reproducción en *La Biblioteca*, de Buenos Aires, ya en forma de artículo, de la carta de Mitre. Con el título de *Letras americanas* y con algunos agregados.

En lo esencial, Mitre negaba la existencia de una literatura americana (= hispanoamericana) y sólo reconocía "elementos que en el futuro han de formar la obra de conjunto". Valora a Heredia, Olmedo y a los "gramáticos" Bello, Baralt, Cuervo y Caro.

Pero no anticipa rasgos de esa literatura "futura".

Oyuela es menos severo que Mitre, aunque procede como si estuviera analizando el índice de una preceptiva. Coincide con Mitre en la ausencia de una *filosofía* que dé respaldo a lo literario ("Hasta ahora... nada más vago e inseguro, nada menos original y castizo que el pensamiento hispanoamericano..."). Destaca, en cambio, lo logrado por ciertos géneros en Hispanoamérica, en especial la lírica y la poesía descriptiva.

(Cf. Mitre, carta a Miguel M. Ruiz, en B. MITRE, *Correspondencia literaria, histórica y política*, III, Buenos Aires, 1912, págs. 169-178; B. MITRE, *Letras americanas*, en *La Biblioteca*, de Buenos Aires, 1897, iv, págs. 61-77; C. OYUELA, *Letras americanas*, ver *Estudios literarios*, I, ed. de Buenos Aires, 1943, págs. 423-432).

de Juan María Gutiérrez)<sup>2</sup>. Así, en fin, la más amplia enunciación de Menéndez y Pelayo, escrita en España, pero con proyección realmente extraordinaria, acorde con el prestigio del crítico.

El novelista mexicano, en el prólogo de su obra *La parcela* (México, 1898), nos da su testimonio de manera no muy diferente a lo que hemos citado hasta aquí. López Portillo explica en ese prólogo intenciones de su novela y da su idea acerca de la "literatura nacional". Concepto conciliador, con proximidades a lo que vimos en Mera. Pero López Portillo aprovecha también para recordarnos, al pasar, las polémicas del Liceo Hidalgo (entre Altamirano y Pimentel) y, más concretamente, para arrojar algunos dardos contra la "literatura decadente" que el novelista ve, a fines del siglo, dando batallas en México. Reduciéndonos a su concepto de nacionalismo literario, su opinión pu de sintetizarse —como he dicho— en un intento conciliatorio: lengua española y temas mexicanos. Mejor dicho: "permanecer fieles tanto al genio y pragmáticas de nuestra lengua", por un lado; y, por otro, qu la "literatura sea nacional en todo lo posible, esto es, concordante con la índole de nuestra raza, con la naturaleza que nos rodea y con los ideales y tendencias que de ambos factores se originan . . ."<sup>3</sup>.

Una actitud semejante (aunque acentuada como americanismo blandido para atacar la corriente modernista), es la que vemos en el paraguayo Manuel Gondra, quien, en 1898, publicó su ensayo titulado *En torno a Rubén Darío*. La reacción se ejemplificaba, así, en quien aparecía ya como cabeza importantísima del movimiento.

A su vez, más que un análisis general de la obra de Rubén Darío, los párrafos de Gondra son un análisis de las *Palabras liminares* a *Prosas profanas*, para discutir lo que hay en ellas de exótico y afrancesado. En contraposición, defiende Gondra un americanismo apoyado en la naturaleza y la historia, y que no es sino reactualización —otra vez— del que hemos visto entre los románticos de la primera hora:

"Darío declara cegadas dos copiosas fuentes de inspiración americana: la naturaleza y la historia de nuestro continente . . . , no busca los materiales de sus concepciones en la vida presente . . . Se niega a recibir impresiones de lo actual y circunferente y carece del sentido épico de la naturaleza viva, y sólo se fecunda y crea cuando se pone en contacto con el pasado, ya clásico o medie-

<sup>2</sup> Cf. CARLOS ROMAGOSA, prólogo a las *Joyas poéticas americanas* (Córdoba, 1897), reproducido en *Labor literaria* (Córdoba, 1898, págs. 224-228).

<sup>3</sup> JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, prólogo a *La parcela* (1ª ed., México, 1898). Ver ed. de México, 1945, pág. 4.

val... No ha demostrado tener el *sentimiento de América*... y sus versos pueden leerse en toda su extensión sin que se diga una sola vez: esas son las montañas, esas las selvas, esas las llanuras, ese es el cielo, esas las hembras o esos los varones de América... ”<sup>4</sup>.

Detengámonos ahora en Menéndez y Pelayo. Efectivamente, por el valor del crítico, por lo que significa su obra general y por la difusión que tuvo, en particular, su *Antología de poetas hispanoamericanos*, conviene hacer hincapié en las palabras del sabio español. Palabras que se declaran ya en la Introducción de la *Antología* y que, si no corresponden a un análisis muy detallado, se traslucen después en muchos otros párrafos de la obra. Es cierto, también, que la *Antología* se reduce a la lírica, pero Menéndez y Pelayo extiende con frecuencia su mirada hacia otras regiones literarias, y poco cuesta extender sus reflexiones.

Pues bien, para Menéndez y Pelayo, lo más personal de la poesía americana debe buscarse en el tema descriptivo y en el tema político:

“... pero el fundamento de esta originalidad, más bien que en opacas, incoherentes y misteriosas tradiciones de gentes bárbaras y degeneradas, que para los americanos de hoy resultan mucho más extrañas, menos familiares y menos interesantes que las de los asirios, los persas o los egipcios, ha de buscarse en la contemplación de las maravillas de un mundo nuevo, en los elementos propios del paisaje, en la modificación de la raza por el medio ambiente, y en la enérgica vida que engendraron, primero su esfuerzo de la Colonización y de la Conquista, luego la guerra de separación, y, finalmente, las discordias civiles. Por eso, lo más original de la poesía americana es, en primer lugar, la poesía descriptiva, y, en segundo lugar, la poesía política... ”<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> Debo este dato al profesor M. M.

<sup>5</sup> MENÉNDEZ Y PELAYO, Introducción a la *Antología de poetas hispanoamericanos*, I, ed., de Madrid, 1927, págs. VIII-IX. Es indudable que, para Menéndez y Pelayo, el “color local” constituye el signo distintivo de lo americano. Por eso, al referirse con anterioridad a *Tabaré*, de ZORRILLA DE SAN MARTÍN, y compararlo con la poesía brasileña, escribió:

“Hay en él mucha riqueza de

fantasía, interés dramático, y tanto color local como en los mayores poetas brasileños, que son, a mi entender, los poetas más *americanos* de toda América...”. (ver Menéndez y Pelayo, carta a Zorrilla de San Martín, fechada en Madrid, el 27 de marzo de 1889, en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, de Santander, 1951, xxvii, pág. 286).

Y, a propósito de *Tabaré* y por

En rigor, Menéndez y Pelayo tampoco está lejos de esa serie de críticos hispanoamericanos que hemos visto y que concedían el sello americano a las obras teñidas de color local, de historia y de reflejos políticos.

Sin embargo, Menéndez y Pelayo abre un nuevo cauce. Hasta es lícito decir que, así como Bello es el heraldo de toda una abundante manifestación sobre el tema (manifestación extendida a lo largo del siglo), Menéndez y Pelayo es el anunciador que da pie, en mucho, a esta nueva etapa que, sin compromisos de excesivo rigor en el nombre, podemos llamarla “del siglo xx” y que ha determinado ya numerosos enfoques.

Precisamente, la abundancia de esos enfoques, alineados en poco más de cincuenta años, y una diversidad que no encontramos antes, obliga a trazar casilleros que facilitan la percepción de los distintos puntos de vista.

En primer lugar, conviene advertir que las denominaciones que propongo no pretenden indicar un carácter absoluto, sino, en toda caso, un predominio. Y, por otro lado —como veremos— hay más de una coincidencia o continuidad con enfoques del pasado siglo.

Dentro de tales prevenciones, me parece que son visibles en los planteos de nuestro siglo estas seis tendencias:

- 1) El americanismo paisajista (con agregados).
- 2) El indigenista.
- 3) El del mestizaje cultural.
- 4) El hispánico.
- 5) El criollista.
- 6) El particularmente expresivo.

### *1) El americanismo paisajista*

Dentro de este sector cabe, en lugar especial, José Enrique Rodó. Siempre que no se olvide —como he dicho— que el concepto se amplía y gana nuevas perspectivas en la lúcida interpretación del ensayista uruguayo.

Dejando a un lado consideraciones acerca de su recordado estudio sobre Rubén Darío (1899), estudio que figuró posteriormente como

aquellos años, un juicio del mexicano Juan de Dios Peza, en que se refiere a la “literatura enteramente americana”, identificada con el paisaje.

Salvo el énfasis, nos parece escuchar a los románticos de la primera época. Cosa no rara, tratándose de Juan de Dios Peza...

prólogo a ediciones de *Prosas profanas* (vale decir, el libro poético cuya primera edición había determinado el estudio), es fácil reparar en que el mayor desarrollo del tema corresponde al estudio titulado *Juan María Gutiérrez y su época*. Uno de los capítulos de este trabajo se titula, precisamente, *El americanismo literario*, y es el reconocimiento de una autonomía literaria nacida con el romanticismo. Americanismo eminentemente paisajista, con ramificaciones en la sociedad y en la historia. Rodó considera que el postulado romántico —naturaleza e historia— debe completarse con otros rasgos:

- ideas y sentimientos que flotan en el ambiente de una época;
- huella dejada por una tendencia, un culto, una afición, una preocupación cualquiera de la conciencia colectiva;
- índole afectiva de su pueblo o de su raza . . .<sup>6</sup>

Estas páginas, bien conocidas, pueden completarse con un borrador de Rodó, hace poco publicado. Se trata de párrafos del borrador de una carta al novelista Manuel Díaz Rodríguez, párrafos que no figuraron, finalmente, en la carta recibida por Díaz Rodríguez. En ese borrador, el americanismo ya conocido de Rodó se amplía hasta la observación de la vida urbana, no reducida a una simple reproducción de la vida europea<sup>7</sup>. Esta amplificación es digna de mencionarse, aunque figure en un testimonio que recién ahora se conoce y aunque Rodó no persistió, con posterioridad a la carta de Díaz Rodríguez, en el problema.

En esta dirección, más cerca de nuestros días, podemos citar también reflexiones de Antonio Aita (*La literatura y la realidad americana*) y de Roberto F. Giusti (*Realidad de nuestra literatura*)<sup>8</sup>. Con la aclaración, ya perfilada en el caso de Rodó, de que la naturaleza se extiende a las relaciones entre hombres y ambiente, a la “conciencia colectiva”, a las peculiaridades de una cultura definida que respalda y anima la obra artística.

## 2) *El americanismo indigenista*

En forma paralela a la defensa social del indígena —de esos millones de indios que se mantienen sin mezcla en diversas regiones de

<sup>6</sup> Cf. JOSÉ ENRIQUE RODÓ, *Juan María Gutiérrez y su época*, en *El mirador de Próspero* [1909]. Ver edición de Madrid, 1920, II.

<sup>7</sup> Cf. J. E. RODÓ, *Correspondencia*, con notas de Roberto Ibáñez (en

*Fuentes*, de Montevideo, I, N° 1, 1961, pág. 130).

<sup>8</sup> Cf. ROBERTO F. GIUSTI, *Realidad de nuestra literatura* (en *Nosotros*, de Buenos Aires, 1940, segunda época, v, N° 46 y 47, págs. 100-110).

Hispanoamérica— fue ganando camino en nuestro siglo la tendencia del indigenismo estético. Es decir, la de considerar que sólo el sello del indio puede dar la fisonomía personal al arte y la literatura de América.

Y un dato curioso, aunque no pretendo magnificarlo ni mucho menos. En un párrafo de las *Palabras liminares a Prosas profanas* escribió Darío:

“ (Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenke y Utatlán, en el indio legendario y el sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman) ”<sup>9</sup>.

Sí, esto puede ser un muy esquemático programa indigenista (y hasta es fácil relacionarlo con sus preguntas acerca de su sangre y lo de “indio chorotega o nagrandano”), pero bien sabemos que esas palabras pierden consistencia en medio de las restantes *Palabras liminares* y, sobre todo, ante el carácter general de la obra de Rubén Darío. La verdad es que, como ocurre a menudo, la cita del fragmento aislado —y aun la omisión de los paréntesis— hace que cobre una dimensión que no tiene en la totalidad del prólogo famoso.

Penetremos en terreno más firme. Es natural que esta tendencia haya nacido allí donde el indígena abunda y, no olvidemos, donde existieron florecientes culturas prehispánicas. Claro que si tenemos en cuenta una tradición que permite hoy alinear una bibliografía visible, es, sobre todo, el Perú el país que ofrece mejores testimonios, a través de Luis E. Valcárcel (*Ruta cultural del Perú*), Daniel Valcárcel (*Rebeliones indígenas*), José Carlos Mariátegui (*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*), Raúl Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez (ocasionalmente)<sup>10</sup>. Por lo común, centrado en lo peruano, pero con ramificaciones continentales. Escribió José Carlos Mariátegui:

“El indio no representa únicamente un tipo, un tema, un motivo, un personaje. Representa un pueblo, una raza, una tra-

<sup>9</sup> RUBÉN DARÍO, *Prosas profanas*, en *Poesías completas*, ed. de Madrid, 1954, págs. 612-613.

<sup>10</sup> Cf. LUIS E. VALCÁRCEL, *Raíz cultural del Perú* (México, 1945); DANIEL VALCÁRCEL, *Rebeliones indígenas* (Lima, 1946); JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, *Siete ensayos de interpretación de*

*la realidad peruana* (1<sup>ª</sup> ed., Lima, 1928; 2<sup>ª</sup> ed., Santiago de Chile, 1955); RAÚL HAYA DE LA TORRE, *¿A dónde va Indoamérica?* (Santiago de Chile, 1935); LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, *Historia de la literatura americana* (Santiago de Chile, 1940).

dición, un espíritu. No es posible, pues, valorarlo desde puntos de vista exclusivamente literarios, como un color o un aspecto nacional, colocándolo en el mismo plano que otros elementos étnicos del Perú . . .

”El indigenismo, en nuestra literatura, como se desprende de mis anteriores proposiciones, tiene fundamentalmente el sentido de una reivindicación de lo autóctono. No llena la función puramente sentimental que llenaría, por ejemplo, el criollismo. Habría error, por consiguiente, en apreciar el indigenismo como equivalente del criollismo, al cual no reemplaza ni subroga.

”Si el indio ocupa el primer plano en la literatura y el arte peruanos, no será, seguramente, por su interés literario o plástico, sino porque las fuerzas nuevas y el impulso vital de la nación tienden a reivindicarlo . . .”<sup>11</sup>.

### 3) *El americanismo del mestizaje*

En forma menos absoluta surgió entre algunos críticos hispano-americanos, a veces partiendo de lo estrictamente nacional, y otras veces de una abarcadora visión de continente, la concepción que veía lo esencialmente americano en la fórmula conciliadora de lo indígena y lo europeo. Por supuesto que también esta teoría se apoyaba en la historia y en una realidad social que no puede negarse. Con la ventaja —con respecto al indigenismo— de que la teoría del mestizaje se respalda, hoy, con más dilatadas regiones que aquellas que abarca el indigenismo. Representantes distinguidos de esta corriente son el argentino Ricardo Rojas y los mexicanos José Vasconcelos y Agustín Yáñez.

Ricardo Rojas no sólo defiende esta posición, sino que ha acuñado un nombre para sintetizar mejor el intento: *Eurindia*. Nombre que procura reunir lo europeo y lo indígena, o —como dice Rojas— la “asimilación de la cultura exótica por la tradición indiana, para que pueda aparecer su expresión sintética en la filosofía y en el arte”<sup>12</sup>.

*Eurindia* es, en mucho, reiteración de principios apuntados en su

<sup>11</sup> J. C. MARIÁTEGUI, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed. de Santiago de Chile, 1955, págs. 294-250. Antes había trazado Mariátegui la historia de la literatura peruana en tres etapas: 1) Colonial; 2) Cosmopolita; 3) Nacional. Y señalaba que apenas se había salido de la primera

(Ver Encuesta de la revista *Perricholi*, de Lima, 1926. Reproducida en *Fénix*, de Lima, 1953, N° 9, pág. 425).

<sup>12</sup> Cf. RICARDO ROJAS, *Eurindia*, Buenos Aires, 1924, pág. 20; id., *Blasón de Plata*, Buenos Aires, 1922, pág. 174.

*Historia de la literatura argentina*, con ramificaciones, ahora, hacia toda América. Fundamentalmente, Eurindia es un ideal estético:

“La estética de Eurindia, fundada en la experiencia histórica e nuestra literatura, abarca en sus postulados todo el contenido e la conciencia argentina y de sus formas sociales, pero se refiere concretamente al arte americano, conciliando lo indígena con lo exótico, y tiende a infundir su espíritu de armonía en la acción colectiva. Por consiguiente, la política, la economía y la educación han de canalizar hacia realidades históricas del futuro la fuerza emocional que Eurindia ha definido en estos principios: originalidad del alma nacional, continuidad en la tradición, unidad de la cultura, correlación de los símbolos y homologías de la civilización en América . . .”<sup>13</sup>.

Creo que aquí entra también, de manera clara a pesar de ramificaciones, el pensamiento de Vasconcelos, defendido en diversas obras: *La raza cósmica* (1925), *Indología* (1927) y otras páginas. Su intención es social y cultural, y lo que conviene agregar es que en Vasconcelos, la idea del mestizaje acepta al indígena en última instancia. No lo excluye, pero lo pospone ante otros elementos en su mezcla de linajes. *La raza cósmica*, que él propugna, nos da, vertebrado, su pensamiento:

“Es tesis central del presente libro —dice— que las distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más, hasta formar un nuevo tipo humano, compuesto con la selección de cada uno de los pueblos existentes . . .

“Resulta entonces fácil afirmar que es fecunda la mezcla de los linajes similares y que es dudosa la mezcla de tipos muy distantes, según ocurrió en el trato de españoles y de indígenas americanos . . . Sucede que el mestizaje de factores muy disímiles tarda mucho tiempo en plasmar. Entre nosotros, el mestizaje se suspendió antes de que acabase de estar formado el tipo racial, con motivo de la exclusión de los españoles, decretada con posterioridad a la Independencia . . .

“En todo caso, la conclusión más optimista que se puede derivar de los hechos observados es que aun los mestizajes más contradictorios pueden resolverse benéficamente siempre que el factor espiritual contribuya a levantarlos . . .”<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> R. ROJAS, *Eurindia*, págs. 196-197.

<sup>14</sup> JOSÉ VASCONCELOS, *La raza cósmi-*

*ca*, ed. de Buenos Aires, 1948, págs.

9-12. Ver, también, *Pensamientos* (en

Por su parte, Agustín Yáñez destaca la nota del mestizaje, tanto al hablar de los rasgos de la literatura iberoamericana, como al referirse (es comprensible) al sello de la literatura mexicana<sup>15</sup>.

#### 4) *El americanismo hispanista*

Por cierto que hoy estamos lejos del antiespañolismo político de los días de las Revoluciones de Independencia y aun del que prevaleció hasta bien avanzado el siglo XIX. Por eso también comprendemos que hubiera resultado contradictorio en aquellos años el afianzamiento de la tendencia hispanista. La cercana dependencia política, el encono, la lucha, se oponían a ella.

Hoy nos parece perfectamente explicable el surgimiento —o resurgimiento— de esta corriente, cara, por otra parte, a los ideales de hispanidad defendidos por muchos en los días que corren.

Sin buscar coincidencia total en los planteos, es indudable que entran aquí Rufino Blanco Fombona, Carlos Pereyra, José María Chacón y Calvo, y Manuel Gálvez (por lo menos, en su primera época).

Un punto de partida defendible lo podemos señalar en Menéndez y Pelayo, celoso sostenedor de una amplia idea de hispanidad, tal como lo revela en numerosas ocasiones y a través de recordados estudios.

Para los hispanistas, el sello fundamental de América es lo español. Escuchemos a Blanco Fombona:

*El viento de Bagdad*, México, 1945, pág. 202):

“Se acabará lo mexicano, lo peruano, lo argentino, pero no por eso resucitará el indio. El único escape del indio es el mestizaje de sangre y de cultura que iniciara Cortés, el mayor constructor del Continente y el más grande capitán de la historia”.

“El divorcio del indio y del mestizo, el divorcio de mestizos y criollos, el divorcio de lo español y lo indígena. Lo mexicano consiste, al contrario, en la alianza perenne de indios, mestizos y criollos”.

<sup>15</sup> “En su más amplia extensión de forma étnica, sociológica y cultural es

el mestizaje la nota de mayor constancia y la predominante visto el conjunto de la literatura iberoamericana... .

Ya en el solo estilo, y desde sus principios, la literatura iberoamericana es mestiza, cuando es auténtica, condicionada, como está, por la realidad específica del Nuevo Mundo y por el proceso vital correspondiente; lo que se acentúa en medida del desarrollo histórico y del característico afán americano de independencia en todos los órdenes...” (AGUSTÍN YÁÑEZ, *El contenido social de la literatura iberoamericana*, México, s. a., pág. 20. Ver, también, pág. 22; y A. YÁÑEZ, *Fichas mexicanas*, México, 1945, págs. 22-23).

“Debemos ser españoles y no indios, escribo al general Castro, para que lleve un espíritu regenerador a la sangre del cuerpo nacional . . .”<sup>16</sup>.

“Tenemos un vehículo intelectual maravilloso: la lengua española. La vieja lengua —instrumento de progreso— se remozca para cumplir su nueva función . . .

”Ciudadano de una ciudadanía aun inexistente —aunque ayer la creó de hecho Bolívar y hoy la propone de derecho el gran México—, tengo el amor de América, de toda nuestra América Hispánica, casi en el mismo grado que Bolívar, el Libertador, mi maestro, mi guía; soy de veras un hispanoamericano o, si lo preferís, un español de una vasta España ideal, un neoespañol. . .”<sup>17</sup>.

Algo importante en relación al hispanismo: a menudo se busca el sello de hispanoamérica en confrontación con el ámbito de la América inglesa o, más exactamente, de los Estados Unidos. O de lo que los Estados Unidos significan ya, como expansión y fuerte influencia hacia el sur del continente.

En fin, también aquí —como ocurre con la tendencia indigenista— se suele pecar de exclusivismos. Una cosa —me parece— es el evidente peso de lo español, que reconocemos trasuntado en múltiples rasgos de la vida y de la cultura en Hispanoamérica (y aun en el Brasil y regiones de los Estados Unidos), y, otra cosa, reducir el carácter esencial de estos pueblos al españolismo, como simple prolongación de la península.

### 5) *El americanismo criollista*

A fines del siglo pasado y comienzos de este siglo se habló mucho, particularmente en Venezuela, del “criollismo”. Con el criollismo se pretendía —como leemos en una nota de *El cojo ilustrado*— “la cristalización estética del alma americana y su objetivación por medio del arte”<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> RUFINO BLANCO FOMBONA, *Diario de mi vida (1904-1905)*, Madrid, 1929, pág. 295.

<sup>17</sup> R. BLANCO FOMBONA, *Dedicatoria de El Modernismo y los poetas modernistas*, Madrid, 1929, págs. 6-7. Cf., también, *Introducción a Letras y letrados de Hispanoamérica*, París, 1908, pág. vi.

<sup>18</sup> Cf. *Notas de estética*, en *El cojo ilustrado*, de Caracas, VII, N<sup>o</sup> 162, 16 de septiembre de 1898, pág. 639.

Dice Julio Planchart que la denominación de “Modernismo” se usó a veces en la revista *Cosmópolis*, como sinónimo de “criollismo” (ver *Temas críticos*, Caracas, 1948, pág. 431).

Era indudable que, sin entrar en un desarrollo minucioso del concepto, se entendía por ese nombre una literatura (porque en literatura, sobre todo, se pensaba) escrita por americanos y que describía elementos típicos de estas regiones. De más está decir que esos elementos típicos correspondían por lo común a la campaña y no a las ciudades populosas. Esto era también, en mucho, lo que durante el siglo XIX se había llamado “costumbrismo”, es decir, una literatura centrada en la novela y el cuento (ver Urbaneja Achelpohl), como cauces más adecuados de americanismo. La verdad es que no había exclusión de géneros, si bien había preferencias. Para citar un nombre destacado, como ejemplo y defensa, es imprescindible el de L. M. Urbaneja Achelpohl<sup>19</sup>.

De criollismo y literatura criolla habló también Manuel Ugarte, aunque sin precisar mayormente los caracteres, salvo cuando se refirió al “teatro criollo” como sinónimo de teatro de costumbres del campo. Y, particularmente, al de ámbito pampero<sup>20</sup>.

Por último, y en virtud de la inclinación y ramificaciones del pensamiento de Vasconcelos, no puede llamarnos la atención el hecho de que se hable de la “teoría criollista” de Vasconcelos y que aún se la considere como exclusivista y limitada<sup>21</sup>. Prefiero, con todo, su ubicación entre los defensores del mestizaje, como rasgo fundamental de esa teoría.

#### 6) *El americanismo expresivo*

Abarcando, prácticamente, a todas estas “líneas” de americanismo, y —me parece— superándolas, aporta Pedro Henríquez Ureña su teoría que bien podemos llamar “del americanismo expresivo”.

Y digo, superándolas, porque Henríquez Ureña no se conforma con una simple distinción temática. En su americanismo entran el paisaje y el hombre. El paisaje, no reducido a una región (por más espectacular y llamativa que ella sea), sino el paisaje variado de todas las latitudes de América. En el hombre comprende tanto al indio como al español trasplantado, como al criollo, como al europeo en general...

Todos los elementos son válidos porque, en última instancia no se

<sup>19</sup> Cf. *El cojo ilustrado*, de Caracas, XXIII, N° 538, 15 de mayo de 1914, págs. 271-272.

<sup>20</sup> MANUEL UGARTE, *Las nuevas tendencias literarias*, Valencia [1908], págs. 39-40 y 75-92.

<sup>21</sup> “Entre los partidarios del

criollismo exclusivista y limitado se destaca por su genio Vasconcelos...” (ARTURO ARNÁIZ y FREG, prólogo a LUCAS ALAMÁN, *Semblanzas e ideario*, México, 1939, págs. XXVIII-XXIX).

trata sólo de temas sino de algo más hondo o que supera una caracterización superficial, y eso es la expresión.

“El carácter original de los pueblos —escribió— viene de su fondo espiritual, de su energía nativa, savia extraída de la tierra propia”<sup>22</sup>.

No se trata, para ello, de pensar en “nuevas” lenguas. El idioma común, el español, más que un elemento impersonal, debe ser la escuela que nos agujeronee en la búsqueda del acento propio, intransferible.

De esta manera, vemos que Pedro Henríquez Ureña no rechaza las explicaciones o tendencias anteriores. Todas ellas son válidas como punto de arranque, pero la obra lograda perderá de vista ese lugar de partida. Para llegar a esa meta será menester la expresión vívida que sólo se alcanza en los momentos felices de la creación artística. Nos aproximaremos a ese instante luchando con denuedo contra la falta de esfuerzo y la falta de disciplina, las dos rémoras que conspiran con más persistencia entre los pueblos hispanoamericanos.

Sin pretender un minucioso análisis, he aquí las principales ideas de Pedro Henríquez Ureña, ideas contenidas, sobre todo, en un ensayo clave que tituló *El descontento y la promesa* (y que formó parte de los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*)<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> Cf. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *El descontento y la promesa*, en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928, págs. 11-35.

<sup>23</sup> Cf., también, párrafos de Alfonso Reyes y Alberto Zum Felde.

“Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domar nuestra naturaleza brava y fragosa: esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural...

No renunciaremos —¡oh, Keats!— a ningún objeto de belleza, engendrador de eternos goces” (ALFONSO REYES, *Visión de Anáhuac* [1915], reproducido en *Dos o tres mundos*, México, 1944, págs. 217-218). “... el americanismo que ya predicábamos en 1917 [*El Huana Kauri*] partía de dos principios: la necesidad de una vuelta a la vida, de un retorno a la realidad vital, es decir, a la originalidad del material estético, al material “de primera mano”; y la reivindicación de la facultad valorizadora, es decir, creadora, del artista, con respecto a esa (y a toda) forma de realidad” (ALBERTO ZUM FELDE, *El problema de la cultura americana*, Buenos Aires, 1943, pág. 58. Ver, también, pág. 60).

*Conclusión.*

Como vemos, no faltan ahinco y persistencia —tenaz persistencia— en la dilucidación del problema. Unos con más fundamento que otros, todos ellos, sin embargo, son testimonio de una preocupación que parece hasta tomar caracteres dramáticos en algunos críticos. Y no es para menos, porque la complejidad de la cuestión y los reiterados enfoques obran a manera de excitante permanente.

Por otro lado, no puede negarse el carácter de fenómeno vivo. Y, si no siempre es visible el “ser”, es por lo menos defendible el deseo de un “querer ser” fijado a través de una teoría de americanismo literario. Estos dos extremos son fácilmente explicables en la ya larga serie de enfoques sobre el tema, y, si es justo decir que predomina el “querer ser” sobre el “ser”, reconozcamos también que a menudo se enlazan los dos en intentos de proporcionada síntesis.

Hay además dos caminos que es necesario recorrer. Se vuelve hacia atrás en busca de ejemplos valederos para fijar obras, modelos y punto de arranque de una tradición; o bien se fustiga por lo que no se ha hecho y se puntualiza lo que debiera hacerse para lograr el sello distintivo, “americano”, que debe ostentar la obra literaria.

Las dos vías son útiles, siempre que no se les dé la excesiva importancia de la *receta*. Dentro de ellas, la primera puede resultar más atendible aún porque procura avanzar a través de lo ya realizado y con una perspectiva de tiempo que permite separar lo poco vivo de lo mucho muerto. La segunda tiene posibilidades imprevisibles, infinitas, puesto que pretende avanzar por un camino de futuro.

Repito: la mejor fundamentación estará siempre en el adecuado aquilatamiento de estos dos extremos. Aun los más escépticos deberán reconocer que, sin exagerar virtudes (sin esas exageraciones patrióticas que suelen inflar tantas obras en Hispanoamérica), hay testimonios de sobra como para tentar iniciaciones. Lo que hace falta, sí, es el rigor de la selección, ese rigor que, desgraciadamente, no siempre se tiene en cuenta en los estudios y panoramas históricos sobre las letras del continente.

En fin, aunque sea cosa de sobra sabida, casi perogrullesca, conviene estampar aquí la previsible conclusión: un buen poema, una buena novela, valen más que la mejor teoría o doctrina . . .

## 7

*La expresión americana*

## I

Un frecuente error de perspectiva determinado por la comodidad o la ignorancia suele ser aquel que parte del nombre importante (y muy cercano) de Rubén Darío para marcar algo así como una mayoría de edad de las letras hispanoamericanas.

A su vez, el nombre de Rubén Darío se liga —y con razón— al Modernismo, a lo que el Modernismo significó no sólo en América sino también en España, al papel renovador de la corriente y a la fecundidad que, sobre todo desde el punto de vista de España, aporta. “Retorno de los galeones” lo llamó en feliz frase Max Henríquez Ureña, frase feliz en la medida de su pintoresca rotundidad y siempre que no pretendamos explicar todo con ella.

La explicación vinculada a España es, sin embargo, necesaria. La literatura en Hispanoamérica nació como una continuación o extensión de la española, es —en parte— literatura española extendida a América aunque aquí tome ya desde la época de la Conquista matices que provienen del lugar donde nace. Después de la Independencia política de estas regiones, otras influencias (particularmente, la francesa) no alcanzaron a borrar los lazos. Así, hasta llegar al Modernismo que, en su conjunto pero más que todo a través de individualidades como la de Rubén Darío, determina la situación conocida.

Los testimonios abundan. Sin embargo, perfiero traer aquí, a manera de síntesis y ejemplo, unos párrafos que unen dos nombres importantes de la España de fines del siglo XIX y que, por otra parte (de ahí también el valor del testimonio) se interesaron por las letras de este continente. Me refiere a Juan Valera y Menéndez y Pelayo.

Decía Valera a su amigo:

“Veo en Rubén Darío lo primero que América da a nuestras letras, donde, además de lo que nosotros dimos, hay no poco de allá. No es como Bello, Heredia, Olmedo, etc., en quienes todo es nuestro y aun lo imitado de Francia ha pasado por aquí, sino que tiene bastante del indio sin buscarlo, sin afectarlo, y además, no le diré imitado, sino asimilado e incorporado, todo lo reciente de Francia . . .”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Cf. VALERA y MENÉNDEZ Y PELAYO, *Epistolario*, Madrid, 1946, pág. 445.

En este párrafo, me parece exacta la caracterización de Darío, con su fondo español, su raíz india (“sin buscarlo, sin afectarlo”) y su asimilación francesa. También me parece exacto —aunque no pretenda construir una teoría— su deseo de marcar rasgos propios (o americanos) como resultado y por encima de tales ingredientes (españoles, indios y, en este caso, franceses).

Ahora bien ¿no puede rastrearse mucho más atrás de Darío tal particularidad? Dejemos a un lado lo de que en Bello, Heredia y Olmedo, *todo* es español (yo diría, no todo). Aun identificando “americanismo” y calidad literaria, es indudable que Darío no es lo primero que América da a las letras españolas. Hay, antes, otros aportes. Lo que ocurre es que Valera no los notaba (como no los notaban otros) por diferentes motivos.

Causas, por otra parte, perfectamente explicables. En la época colonial ¿cómo notarlos? Las letras en Hispanoamérica se consideraban —y con mucho de razón— prolongación de las letras españolas. “Eran” letras españolas, obras escritas por “españoles americanos”. No iban a ser precisamente los “españoles europeos” (salvo algún caso excepcional, como el de Feijóo) los interesados en ver en los escritores de este lado del mar los rasgos diferenciadores o que podían marcar particularidades “independientes”.

Después, durante la primera mitad del siglo XIX, en la época de las Revoluciones de Independencia, o ya liberadas la mayor parte de las antiguas colonias, el momento político no era el más adecuado para reconocer —si los había— signos de originalidad o de valor.

El reconocimiento de Valera llega en el momento oportuno, momento señalado por el acercamiento, el perdón de los agravios y la explicable afinidad espiritual. Por cierto que el hecho capital es la existencia de escritores capaces, o, mejor, del gran escritor (Darío), pero ayudan también aquellos factores y, no menos, la presencia física de Darío en España, y su influencia.

La verdad es que, aplicando lo que me parece adecuada interpretación “americanista” de Valera (por otra parte, hoy nada novedosa) es dable advertir desde temprano en las letras americanas visibles y perdurables testimonios. Lo único que conviene tener en cuenta es la adivisible reducción de acuerdo a extendidas épocas literarias:

1) En la época colonial, las raíces son el español y el indio, y esto como reflejo de una realidad social palpable.

2) En el siglo XIX (sobre todo a partir del romanticismo) se agrega lo francés. Aquí el cambio está en que la influencia francesa (otras

no cuentan mayormente) es la consecuencia de una incorporación cultural más que social. Y eso era aún lo visible en la época de Darío.

3) Hoy el abanico ha crecido notablemente, aunque es prematuro deducir conclusiones radicales. De todos modos, quedan lo español, lo indígena y lo francés, como elementos básicos, si bien es posible que estemos asistiendo en los días que corren a un debilitamiento del último. A esos elementos básicos hay que agregar otras proyecciones notorias (Inglaterra, Estados Unidos y Rusia) y, de la misma manera que en el siglo XIX, estas influencias más recientes en Hispanoamérica tienen base cultural, y no social (salvo el caso de Rusia).

Este debatido aspecto de las influencias pertenece al ámbito de lo tangible, aunque no siempre se hayan asimilado de manera coherente. Por el contrario, lo que ha predominado es la traducción cruda que sólo descubre lo ajeno. El saldo positivo lo vemos en aquellos escritores dignos de recordarse, entre muchos otros, que son apenas preparación, borrador que cuajará finalmente en los verdaderos escritores.

#### *Época colonial.*

Corresponde mostrar ahora cómo aparecen desde temprano hombres de letras meritorios con los rasgos que señalo.

Veamos en los siglos coloniales tres nombres como los del Inca Garcilaso, Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, testimonios de indudable valor, al lado de los cuales podemos citar otros, si bien no a la misma altura (Oña, Domínguez Camargo, el Conde de la Granja, Espejo, Aguirre). Me refiero, de más está decirlo, a autores legibles y no a venerables antiguallas sostenidas sólo por el fervor de algunos críticos.

Volvamos a los tres primeros. Pues bien, no es atribuible al azar que en los tres —Garcilaso, Alarcón y Sor Juana— aparezcan señales que los vinculan a España y América. De España no hace falta explicar nada, puesto que es lo más reconocible. La defensa debe hacerse en relación a América, a lo que América se trasunta o creemos que se trasunta en ellos. En fin, más visible en el Inca Garcilaso, pero igualmente defendible en Alarcón y en Sor Juana.

Con respecto al Inca Garcilaso (1539-1616) es interesante reparar en la rehabilitación de su obra, rehabilitación (aventadas fantasías y exageraciones) que ha correspondido, sobre todo, a críticos y lectores americanos, pero que ha encontrado recientemente adecuada correspondencia en España. Garcilaso es el claro ejemplo en quien se conju-

gan pro genie y obra. Se "siente" en Garcilaso el orgullo de España, pero no menos la presencia del indígena que habla de las cosas del Perú como algo propio y no como prenda de conquista. Comenzando con los recordados párrafos, al principio de los *Comentarios Reales*, aquellos en que habla de "mi patria" y de "mi tierra", y continuando a lo largo de toda la obra.

Es cierto que hubo algunos cronistas españoles que también se identificaron con estas tierras. Lo que predomina, sin embargo, es el testimonio de la admiración, del asombro, junto al orgullo de los bienes ganados; no ese calor que da la sensación de la patria y que es el que se siente en Garcilaso.

El americanismo del Inca Garcilaso es de sangre y de defensa de su sangre. Al mismo tiempo que ostenta el orgullo del Imperio y de su lengua. Este intento de conjunción es lo que, aparte de otras virtudes, da sentido especial a su obra: revelación de un producto nuevo, sólo posible en el siglo xvi americano.

Alarcón (¿1581?-1639) es también buen ejemplo. Coetáneo de Quevedo, debemos vincularlo, mejor, con Lope, de una generación anterior. El teatro del mexicano es posible por las creaciones de Lope, si bien rompe con facilidad la condición del simple discípulo.

Alarcón es presentado por lo común en medio de la sociedad literaria española de comienzos del siglo xvii. Se lo presenta escribiendo, alternando y, no menos, recibiendo burlas y pullas de ingeniosos rivales.

Sin entrar en problemas biográficos (México, Salamanca, México, Madrid), no cabe dudar de que Alarcón significa una "manera" diferente dentro del teatro español de la época. A propósito, sería mezquino explicar esa diferencia (mezquino y hasta contradictorio) por los defectos físicos del poeta: los defectos físicos repercuten, sobre todo, en actitudes pesimistas o de defensa, y esto no es lo que trasuntan, esencialmente, las comedias de Alarcón.

Acepto que la conocida tesis de Pedro Henríquez Ureña sobre el "mexicanismo" de Alarcón ha sido más enunciada que mostrada, pero es una base que no puede desecharse<sup>2</sup>. Queden, pues, aquellos atributos

<sup>2</sup> Menos aún para los que afirman que no puede hablarse de "mexicanismo" antes de surgir México como nación. Con este estrecho criterio de "nacionalidad" literaria no entenderíamos tampoco que el historiador Clavijero, en el siglo xviii, pudiera aspi-

rar, como él decía, a "una Historia de México escrita por un mexicano" (Cf. FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO, *Historia antigua de México*, traducción de J. Joaquín de Mora, 1, ed. de México, 1944).

que Henríquez Ureña veía en Alarcón (“el sentimiento discreto, el tono velado, el matiz crepuscular”, la cortesía) como señales de mexicanismo<sup>3</sup>. Por lo pronto, son vestigios que deben tenerse en cuenta, más aún si vemos que pretende ir mucho más allá de un nacionalismo externo o de nombres locales.

También podemos defender un americanismo (aquí, difuso) en Sor Juan Inés de la Cruz (1648-1695). La Monja de México no abandonó nunca América, pero estuvo bien empapada de las letras españolas de su siglo. Por los caracteres de su obra y el perfil literario más visible (el calderoniano), pareciera borrar toda ligadura con las tierras de América, y no es así.

Calderón (como Góngora, como Quevedo y otros) aparece asimilado en Sor Juana. Sin embargo, el aprovechamiento tiene a menudo mucho de jactancia, de no querer ser inferior. Y, a veces, lo consigue.

Lo mexicano aparece en Sor Juana especialmente en villancicos y tocotines. Y en un romance, emplea Sor Juana (como el Inca Garcilaso había ya utilizado) la expresión “mi patria”. Claro que estas manifestaciones apenas se sienten en el cuerpo total de sus escritos, de esos escritos que ostentan singular importancia en los géneros lírico y dramático, sobre todo el primero. Y la lírica de Sor Juana, en lo que realmente vale, ofrece poco material, aunque lleguemos a extremos de sutileza, para mostrarnos un americanismo visible.

Con todo, vemos que aparecen en ella señales del lugar en que nació y vivió. La diferencia que conviene establecer es que Sor Juana puede mostrarse, sí, como alto ejemplo de las letras del Nuevo Mundo (alto ejemplo de calidad, de singularidad y de compleja femineidad), pero no como testimonio rotundo de americanismo literario.

En general, la literatura colonial es fiel reflejo de la sociedad en que nace y de los escritores que la originan: españoles transplantados y criollos americanos. En muy pequeña proporción, de indios y mestizos. Ejemplos ilustres: Fernando de Alba Ixtlilxóchitl (“El Tito Livio del Anáhuac”), indio puro; el Inca Garcilaso y Espinosa Medrano (“El Lunarejo”), mestizos<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Ver PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Don Juan Ruiz de Alarcón* [1913], reproducido en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928, págs. 79-99. Falta, es cierto (y ya lo señalaba Alfonso Reyes), el estudio que puntualice a través de la lengua de Alarcón esos rasgos. Alfonso Reyes consideraba, naturalmente, que Pedro

Henríquez Ureña era el indicado para llevar a cabo esa empresa (ver A. REYES, *Capítulos de literatura española*, Primera serie, México, 1939, pág. 214). Por desgracia, Henríquez Ureña murió sin realizarla.

<sup>4</sup> A su vez, el natural deseo de “descubrir” autores y obras americanas no debe exagerarse. Los peligros son evi-

Sin embargo, aun en estos últimos, no siempre aparece la defensa del indígena, ni el planteo de situaciones como reacción contra arbitrariedades y abusos. La defensa aparece, más bien —dentro de un ámbito amplio— en el deseo de elevación religiosa, en la obra doctrinal. Por lo demás, y teniendo en cuenta que la corriente más extendida en Hispanoamérica durante los siglos coloniales fue el barroquismo, lo normal es el acatamiento. La originalidad y variedad se mantienen dentro de límites político-religiosos ineludibles, a los cuales el escritor se somete sin repugnancia.

### *Siglo XIX.*

En el siglo XIX, con motivo de las Revoluciones de Independencia, cambió la estructura de la sociedad hispanoamericana. Sin embargo, durante mucho tiempo el cambio fue más ficticio que real, y antes de que se pudiera palpar una realidad diferente debieron pagarse con usura guerras civiles y tiranías.

La literatura del siglo XIX refleja, consciente o inconscientemente, el cambio. De acuerdo, una vez más, en que la independencia política no supuso independencia cultural. La primera será siempre más fácil de conseguirse, por los factores que intervienen en ella.

El hecho de que de inmediato se plantee también la necesidad de la independencia cultural (como ocurre en la recordada obra de Be-

dentos en la época colonial y, sobre todo, en el caso de los españoles aclimatados o identificados con el ambiente.

Un ejemplo típico es el de Caviedes, andaluz que vivió en Lima y aquí escribió toda su obra literaria. Otro, de dilucidación más reciente, el de "Concolorcorvo".

Las vicisitudes pasadas en la identificación del autor de *El Lazarillo de ciegos caminantes*, nos muestra que los críticos peruanos y bolivianos (René Moreno, Ricardo Palma, Ventura García Calderón) se inclinaban por la creencia de que el autor fuera mestizo o cholo (no "indio neto", como dice el texto). Es decir, que fuera "Calixto Bustamante". Pero investigaciones recientes (José J. Real Díaz; Marcel Bataillon) prueban que el verdadero

autor es Alonso Carrió de la Vándera.

Esto parece desdibujar una intención americanista. Y, sin embargo, no es así. Por el contrario, demuestra la identificación del español con estas tierras (uno entre muchos ejemplos) y el sello que estas regiones imprimen a la obra (Ver JOSÉ LUIS BUSANICHE, *La incógnita de El Lazarillo*, prólogo a Concolorcorvo, *El lazarrillo de ciegos caminantes*, ed. de Buenos Aires, 1942; JOSÉ J. REAL DÍAZ, *Don Alonso Carrió de la Vándera, Autor del Lazarillo de ciegos caminantes* (en el *Anuario de estudios americanos*, XIII, Sevilla, 1956); MARCEL BATAILLON, *Introducción a Concolorcorvo y a su itinerario de Buenos Aires a Lima* (en *Cuadernos Americanos*, México, 1960, XIX, Nº 4, págs. 197-216).

llo) nos muestra que no faltaban entonces claridades y certidumbres. Lo que ocurre es que el intento se diluye por las dificultades que encierra. Una cultura no se establece por decreto de gobierno, ni con la buena voluntad de los gobernados.

En la imposibilidad de lograr esa "cultura" como derivación de raíces propias, aceptaron materiales y fuerzas de afuera, que tenían carácter fecundante y que llegaron a América, especialmente, junto con el prestigio político de su país de origen: Francia. España no desaparece, en algunas regiones, como primera influencia (ahora, sí, influencia; antes había sido, más bien, expansión ultramarina), pero es sobre todo Francia la que penetra con hondura. La que llega a la política, a la sociedad, a la moda, a la educación, a las letras y a las artes.

La influencia francesa (con rasgos positivos, los más; y negativos) es la incorporación más importante que reciben los nacientes países hispanoamericanos durante el siglo XIX. El romanticismo la favoreció a través de modelos y ejemplos. Mejor dicho, el romanticismo penetró en Hispanoamérica —es fácil mostrarlo— a través de los románticos franceses, encabezados por las obras de Víctor Hugo. Obra y prestigio.

El hecho de reconocer esta influencia absorbente que se incorpora, y que en muchas regiones sobrepasa a la española (no olvidemos la cercana lucha de independencia), no significa reducir todo al proceso de las "influencias". En primer lugar, se trata de algo aceptado voluntariamente, y no de algo impuesto.

El modelo fecundó las letras del continente. Sería injusto achacar al modelo lo que fue incapacidad de los que no supieron elevarse sobre él. Pensemos en los escritores que dieron más, mucho más que simples ecos de cosas ajenas. Pensemos en escritores como Sarmiento, Gutiérrez González, Juan Vicente González, Mansilla, Ricardo Palma, Montalvo, José Hernández, Galván, Zorrilla de San Martín, González Prada, Pérez Bonalde, Hostos, donde, precisamente, se siente menos el posible modelo que la presencia de una nueva época en las letras de América.

España, Francia y, a veces, lo indígena, pueden aparecer (y aparecen) entre las mallas de la obra, pero de ninguna manera oculta esa presencia un sentido de obra "americana". Lo americano se ve, sobre todo, en la historia y el paisaje, pero también en rasgos anímicos, en una sociedad que está surgiendo, que vive en el libro o el poema. Tal comprobación debe extenderse al autor: éste alcanza a reflejar ese ámbito (y no como factor ajeno) porque el autor es parte, se siente parte de la realidad que refleja.

La insatisfacción de muchos críticos ha acentuado el carácter positivo, exótico, en relación a América, de los productos literarios de aquella época. Prácticamente, sin atenuantes. Yo creo, en cambio, que se trata de un error de perspectiva. Se buscan grandes obras con señales americanas fuertemente individualizadoras y, como no se encuentran en número adecuado, se proclama la desilusión o el aspecto negativo.

Abundan, sin embargo, obras fuertemente americanas, pero dentro de un carácter secundario o subsidiario. ¿Cómo negar la abundancia de obras costumbristas, de relatos históricos, o de poemas descriptivos? Allí lo americano aflora con un sello que —reconocemos— nos da lo más externamente continental. Pero el sello es indudable.

La sociedad naciente, esa sociedad conformada ahora en numerosas naciones independientes, se refleja en los libros. Y, junto a las modas literarias, asistimos también a las penurias civiles y a los cambios de estructura más visibles. Las guerras internas, las tiranías, la inmigración, la estabilidad política (aparente o real), aparecen en las obras y dan el perfil cambiante de una transformación social de lento y trabajoso trámite. El escritor lleva ahora, a la obra literaria, tipos sociales con una frecuencia y libertad que hasta entonces era raro observar. Fustiga abusos. Claro que se mueve también dentro de nuevas convenciones. Así, por ejemplo, los testimonios en que aparecen el indio y el negro, muy dentro de su tiempo, no escapan a versiones más o menos idílicas o puramente filantrópicas. Pero esto era —repito— lo que ya en la época se había constituido como retórica, con el agregado de que, de igual modo que en la época colonial, es una literatura escrita, en abrumadora mayoría, por hombres blancos.

Una última consideración sobre el momento. No siempre —y este es fenómeno que vemos en grandes títulos de la literatura universal— una obra de valor alcanza a trasuntar el lugar y el momento en que nace. Reconozcamos que una obra lírica es la que, en virtud de su carácter, tiene menos posibilidades. Quizás por eso (y sin habérmelo propuesto) los autores americanos que recordé no son, en su mayor parte, líricos. Claro que lo son Pérez Bonalde y González Prada, y que hay mucho de lirismo en *Tabaré* y en el *Martín Fierro*. Y es también cierto que en tales testimonios hay noción del lugar en que el autor nació y al que no pudo, entonces, abstraerse.

*Siglo xx.*

Por encima de tendencias y épocas literarias, la simple denominación de “Siglo xx” nos sirve para marcar un extendido lapso de más

de cincuenta años, que llega hasta nuestros días. Aún es lícito considerar que, culturalmente, el siglo xx nace en Hispanoamérica antes de 1901.

Pues bien, lo visible es, por una parte, un abrirse al máximo de las influencias extranjeras (nuevas incorporaciones, con una amplitud más universal). Y, por otra parte, la sensación de que hay menos influencias absorbentes. No sin cierta paradoja, hay más, pero hay menos. Con otras palabras: el escritor hispanoamericano no se siente hoy tan atado, como el de pasados siglos, a modelos que le vienen de afuera. Acepta los modelos, recurre a ellos, pero no con el carácter de necesidad que observamos antes.

España sigue siendo filiación indudable. Filiación, no siempre influencia. Y digo esto por la repercusión que tienen siempre aquí los escritores españoles de más valía. Baste con recordar los ecos de Unamuno, Antonio Machado, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, García Lorca . . .

Francia no ofrece en nuestro tiempo aquel poder absorbente que es fácil percibir hasta el veintitantos. Sin embargo, aún es patrimonio literario que repercute en Hispanoamérica. Si no alcanzara a mostrarlo la resonancia de movimientos y escritores franceses (o captados a través de Francia), podemos medirlo a través de las repercusiones de los periódicos.

En fin, la expansión que supone la presencia de otros modelos nacionales (Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Italia, Rusia), que da al sector de las influencias una fisonomía distinta<sup>5</sup>.

Por eso decía que la amplitud tiene, no sin alguna paradoja, un sentido menos absorbente que el que notamos, a través de menos modelos, en el siglo pasado. A su vez, esa amplitud es el resultado, en parte, de los tiempos que vivimos, de la facilidad y rapidez de las co-

<sup>5</sup> Distinta y —me parece— en perspectiva diferente a la que veía Alfonso Reyes, que no se refería tanto a influencias literarias como a tradiciones culturales:

“Nuestra América, heredera hoy de un compromiso abrumador de cultura y llamada a continuarlo, no podrá arriesgar su palabra si no se decide a eliminar, en cierta medida, al intermediario. Esta candorosa declaración pudiera ser de funestas consecuencias como

regla didáctica para los jóvenes —a quienes no queda otro remedio que confesarles: lo primero es conocerlo todo, y por ahí se comienza—, pero es de correcta aplicación para los hombres maduros que, tras de navegar varios años entre las sirtes de la información, han llegado ya a las urgencias creadoras . . .” (A. REYES, *El deslinde*, México, 1944, pág. 10, prólogo).

municaciones, de la importancia del cine y otros medios artísticos, posibilidades que, como se dice comúnmente, han comprimido la tierra.

Reparando en la conformación social de Hispanoamérica, el siglo xx ha permitido una mayor homogeneidad de los centros urbanos, sin desmedro de reconocer ciudades más evolucionadas y ciudades más tradicionales. Por otro lado, también la evolución ha llegado al ámbito rural (la facilidad y rapidez de las comunicaciones han propendido a eso). De tal modo, la diferencia entre el ámbito urbano y el ámbito rural es hoy menor que el que apreciamos en el siglo xix. Como vemos, los cambios sociales repercuten también (¿cómo no hacerlo?) con tanta o mayor profundidad que en otros continentes.

A su vez, tales cambios se espejan en la obra literaria. Aún más, quizás el relieve de algunos géneros (novela, cuento, ensayo, sobre todo) y el cansancio o debilitamiento de otros (la lírica, en particular), que es sello de las letras hispanoamericanas de los últimos decenios, quizás esté más íntimamente ligado de lo que se cree —repito— a las especiales condiciones de la sociedad en que esa literatura nace.

El avance de la literatura de tema social es indudable, avance que en Hispanoamérica toma por lo común dos direcciones visibles: una, la defensa del indio (defensa proyectada en una realidad inmediata y con rudeza acorde con el tema); otra, la defensa del proletariado de las grandes ciudades, y que ha dado hasta ahora pocos testimonios de real valor. Como una supervivencia de pasados tiempos, la novela política, novela con afrentamiento al tiranuelo y con denuncia de penetraciones extranjeras (imperialismos, etc.) en más o menos caóticas repúblicas hispanoamericanas.

En nuestro siglo no hay impedimentos para perseguir la expresión de lo americano. Consciente o inconscientemente. Los conocidos altibajos de la vida política en Hispanoamérica no son tampoco un impedimento para que se logre esa concreción.

Observada en conjunto, y más allá de las falsas perspectivas que suele producir lo muy cercano, la literatura de estas regiones, en este siglo, es una literatura de creciente madurez. No se trata de defender a todo trance una especie de “ley del progreso” aplicada a las letras en Hispanoamérica. Simplemente, quiero marcar una serie de nombres indiscutibles, valiosos por encima de la proximidad y sin temores de comparación con un pasado más o menos abultado. En primer lugar, el nexo de Martí y Darío. Después, Lugones, Rodó, Payró, Alfonso Re-

yes, Güiraldes, César Vallejo, Gabriela Mistral, Rómulo Gallegos, Neruda...

A través de estos nombres, de las obras que significan estos nombres, vemos también que la "expresión americana" en ellos no depende (o no depende exclusivamente) de simples referencias locales. Mejor dicho: en ellos, en casi todos ellos, hay alusiones a lugares y cosas de América, pero más que los localismos en sí importa la manera cómo se reflejan en la obra de arte.

Por eso, además y valga el ejemplo, sentimos como americanas obras de Payró, Güiraldes, Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, César Vallejo, Rómulo Gallegos, Neruda<sup>6</sup>, sin necesidad de recurrir, por lo menos en forma sistemática, al problema del indio y a los problemas sociales que tanto peso tienen en la realidad hispanoamericana (¿sólo aquí?). Esto nos sitúa también en el verdadero límite de la literatura indigenista, que sentimos igualmente continental, pero que hasta ahora ha dado sólo unas pocas obras estimables porque no ha superado, salvo escasas excepciones, la condición del alegato melodramático.

La expansión restringida y el olvido de una buena parte de las obras indigenistas, pasado un primer momento de popularidad, nos dice de nuevo que, en materia poética, no basta con las buenas intenciones. La novela indigenista contribuirá, por supuesto, a la expresión americana. Pero hasta ahora lo ha hecho débilmente porque no ha encontrado (salvo esas excepciones a que me referí) el equilibrio adecuado entre alegato y poesía. Nosotros, que tenemos el *Martin Fierro*, sabemos que el problema social puede entrar límpidamente en el arte<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Esta comprobación —repito— nada tiene que ver con un americanismo a flor de piel. Un caso ilustrativo puede ser el de Vallejo. La persecución de rasgos americanos en su poesía no es un signo de más o menos. Es, simplemente, la búsqueda de una huella a través de hilos sutiles, huella que puede ayudarnos a comprender y a sentir más cabalmente esa poesía... Por lo demás, bien sabemos que la alta poesía escapa a lazos demasiado estrechos, aunque esos lazos se aten a argollas de la tierra.

<sup>7</sup> Un nuevo miraje confrontador que nos ayuda a comprender la no-

ción de americanismo... fuera de América.

Sabemos que Conrad, Valle Inclán, Graham Greene y D. H. Lawrence escribieron obras de asunto hispanoamericano. Más exactamente, mexicano, aunque en Conrad y Valle Inclán la localización esté intencionalmente diluida. Pues bien, sin entrar en cotejos comparativos de valor (que no vienen aquí al caso), es indudable que Valle Inclán (ver *Tirano Banderas*), a pesar de su esperpento, o quizás por eso, se acercó más a la visión americana de los hispanoamericanos...

## 8

*La expresión americana*  
*Pasado y futuro*

## II

No ha sido gratuita la necesidad de comenzar a hablar de etapas en la literatura de Hispanoamérica sobre la base de influencias extranjeras, aun aceptando que en la época colonial lo español es prolongación de la metrópoli.

La influencia ha sido sello que únicamente la miopía podrá negar. Es cierto que se suelen considerar las influencias como aspectos negativos, pero, aparte de que no todas las irradiaciones que llegaron tuvieron ese carácter, el reconocimiento de sus existencias es el reconocimiento de lo evidente, de lo palmario. Es también el tributo de un continente joven, y lo de joven no es justificación de circunstancia.

Las posibilidades de las culturas indígenas, mejor dicho, de las grandes culturas indígenas, eran promisorias. Desgraciadamente, no encontró en la literatura (la razón es obvia) la expansión que encontró en las artes plásticas, sobre todo en la arquitectura (tal como puede verse en el barroco americano, con ejemplos recordables)<sup>1</sup>.

Pero en la literatura lo notorio es la falta de conexión entre conquistadores y conquistados. En la colonia hay una literatura indígena paralela a la literatura en lengua española, si bien el punto de contacto con el mundo occidental fue, naturalmente, esta última.

Partiendo de este hito, se comprende que hablemos de una literatura joven, más allá de interpenetraciones entre las letras indígenas y españolas (y esto, no olvidemos, donde la cultura indígena ofrecía sus más altos títulos: México, Guatemala, Perú).

Tarde ya para plañideras quejas, lo que corresponde hoy es aceptar una realidad que se ha ido conformando a lo largo de cinco siglos

<sup>1</sup> Pedro Henríquez Ureña lo explicaba así:

"...la conquista decapitó la cultura del indio, destruyendo sus formas superiores (ni siquiera se conservó el arte de leer y escribir los jeroglíficos aztecas), respetando sólo las formas populares y familiares..." (*La América Española y su originalidad*, en *La Na-*

*ción*, de Buenos Aires, 27 de septiembre de 1936).

Aun así y todo, algo del arte o, mejor, del espíritu indígena alcanza a reflejarse en el brillo de la arquitectura barroca que floreció en América.

Ver, también, JAIME TORRES BODET, *Medida de México en el arte de Nueva España* (en *La Nación*, de Buenos Aires, 8 de marzo de 1931).

y que hoy aparece como irreversible. La literatura hispanoamericana (esa literatura a la que concedemos un mínimo de unidad y de puntos comunes para abarcarla con ese nombre) nace, así, en los días de la Conquista y llega, por diferentes vicisitudes, hasta nuestros días.

Considerando, por otra parte, la extensión espacial, vemos que comprende muy dilatados territorios y numerosos países. Espacio y tiempo parecen, pues, haber conspirado contra el logro de más valiosos frutos. Nos sirve de ejemplo confrontador, una vez más, el caso de los Estados Unidos. Más joven aun, si tenemos en cuenta que no contó en sus primeros siglos coloniales con centros de cultura como contó Hispanoamérica. Contó, en cambio, con una vida independiente anterior y con una concentración territorial maciza, aparte de otros factores que son la base en que se apoya la gran nación de hoy. Y, si a veces la propaganda actúa en el abultamiento e imposición de ciertos productos, no cabe duda de que la literatura contemporánea de los Estados Unidos figura entre las primeras del mundo.

De donde, este ejemplo, puede mostrarnos, comparativamente, qué se ha hecho y qué no se ha hecho en Hispanoamérica. Con la aclaración de que cada vez se debilita más, en el caso especial de las letras, el enfoque que a fines del siglo pasado hacía Rodó (lo cual, a su vez, no supone el debilitamiento total de las reflexiones de *Ariel*).

En resumen, los logros de Hispanoamérica no son despreciables, aunque aparezcan con algún retraso con respecto a los Estados Unidos. Además, los signos positivos en lo que va del siglo xx son bien alentadores.

Yo creo que hay conciencia en nuestro tiempo de que, más allá de discrepancias circunstanciales, existe un grupo de autores y obras que contribuyen a fijar lo que llamamos literatura hispanoamericana. Afortunadamente, no se disponen esos autores y obras en una única línea. Y digo afortunadamente porque una línea o tema (indigenismo, hispanismo, etc.) será siempre infiel si quiere espejar una variedad manifiesta. De ahí, pues, que la variedad será también una condición impuesta por la diversidad que pretende abarcar.

Aceptamos que las obras valiosas son las que realmente conforman esa literatura, pero la sola idea de valor, que es fundamental, es insuficiente para delimitar el campo. El valor es una base sobrentendida, y al lado de él deben darse caracteres más específicos en relación al lugar (región, nación, continente) donde la obra ha nacido. En última instancia, como toda gran obra crea una tradición, el perfil del americanismo está dado particularmente por las mejores obras escritas en Hispanoamérica desde el siglo xvi hasta hoy, con los autores que ya

hemos recordado, y a través de los cuales encontramos la historia, el paisaje, las costumbres, el indio, el blanco, el negro; las luchas, las injusticias, las esperanzas; la intimidad, los sueños, los ideales, etc., del hombre que vivió y vive en estas regiones, que construyó y construye trabajosamente estos países.

La noción de América como “continente de fusiones”, como continente en formación, o como el continente del desajuste entre lo político-social y lo cultural, o, en fin, la noción de América como continente del *desequilibrio*, debe servir de cauta reflexión y, en última instancia, de espuela y acicate.

Deteniéndome en algunas de esas notas, me parece que el desequilibrio es visible en el sector particular e importante que estamos considerando. En efecto, dentro de la persecución del “americanismo literario” han surgido —antes de contar con una base maciza en qué apoyar argumentaciones— las teorías. El desequilibrio es, para mí, de teorías y concreciones. En relación a su largo desarrollo noto una desproporción entre la doctrina (doctrina que se acumula peligrosamente desde hace poco más de un siglo) y la literatura propiamente dicha.

A veces, hasta nos da la impresión de que el “querer ser” o el “debe ser” manifestado precisamente en la teoría (lo hemos visto) se sobrepone y ahoga a la obra literaria, es decir, a aquello que “es”, esencialmente, la literatura. O, en fin, que la incorporación de Hispanoamérica al mundo cultural, al aceptar tributos ajenos y evitar así etapas recorridas por los pueblos europeos, dejara vacíos que no alcanzan a llenarse en una dramática lucha contra el tiempo.

Esto puede explicarse también como un rasgo juvenil que busca urgencias y soluciones a todo trance. Sin embargo, el reclamo no debe ser tan perentorio. Dejemos que los propios ríos labren el cauce. Será más fácil, después, y más natural, reconocer las formas de ese cauce. En todo caso, hagamos que haya un mayor equilibrio entre la teoría y la realidad literaria de estos países.

En una famosa obra del siglo XVIII —la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, de Gibbon— el autor se planteaba la hipótesis de una nueva invasión de los bárbaros en Europa y la posibilidad de que la sociedad culta europea se salvara en América. Por su parte, Hegel, a comienzos del siglo pasado, en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, reparaba en las posibilidades de América como continente del futuro, si bien concluía con un imprevisible final de lucha entre el norte y el sur . . .

Con razonamiento unánimes, hagamos que, en caso de que la idea de Gibbon se cumpliera, este continente sea digno de la "sociedad culta" que aquí se salvaría. Y para que sea digno es preciso contar —en lo que a nosotros nos toca— con una cultura americana, y, dentro de ella y como eje, con una madura literatura nacida y perfilada a este lado del océano.

## I N D I C E

Prólogo	257
1. Las Américas	258
2. América: comunicación y aislamiento	266
3. Literatura colonial y Literatura de la época independiente	272
4. Americanismo literario (I)	284
5. Americanismo literario (II)	289
6. Americanismo literario (III)	297
7. La expresión americana (I). Persecución de una trayectoria	311
8. La expresión americana (II). Pasado y futuro	322

EMILIO CARILLA.

